

CRISTIANDAD

Año XXXII - NUMERO 545

BARCELONA

JULIO 1976

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



SUMARIO

ROBERTO CAYUELA, S.I.

LISTA DE ARTICULOS DEL PADRE ROBERTO CAYUELA, S.I., PUBLICADOS EN «CRISTIANDAD»

¿LA IGLESIA DE CRISTO, AHORA POR PERMISION DIVINA, EN MANOS DE SATAN EL ADVERSARIO?

EL CULTO A MARIA ESPERANZA PARA LA UNION DE LOS CRISTIANOS

¿TRIUNFALISMO?
de Roberto Cayuela, S.I.

AL MEDIO SIGLO —1917 EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA— CONSIDERACION SOBRE LA GRAN SUBVERSION Y LA NUEVA IDEA-FUERZA: CRISTO REY — LVIII
de Luis Creus Vidal

¿SI NO HICIEREIS PENITENCIA...!
Fray Antonio de Lugo

ALOCUCION DEL PAPA JUAN XXIII en 1 de mayo de 1960

HACIA LA DICTADURA DE LA DES- INFORMACION

BINOMIO MIEDO-SIMPATIA EN EL NOTICARIO INTERNACIONAL

¿PARANINFO O «MERCAT DE CALAF?»

ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.º - (10)
Teléfono 317 47 33
Director: Fernando Serrano Misas

EL PADRE ROBERTO CAYUELA, S. I.

Todos los que conocimos al P. Cayuela nos sentimos movidos ante su muerte, que nos separa para siempre en la tierra del gozo de su trato y de los beneficios de su palabra y de su labor, a dar también gracias a Dios por los bienes inmensos que ha aportado su vida y su obra. El Padre Cayuela era un hombre de Dios, un santo. Nadie que le haya conocido encontrará exageradas estas palabras.

Una larga vida sacerdotal y religiosa, ejemplo y modelo de servicio a la Iglesia en el espíritu de su Padre San Ignacio. Largos años de gobierno seguidos de una prolongada ancianidad de fecundo magisterio y dirección espiritual, de perseverante tarea de escritor apóstol, con un apostolado iluminador y ferviente.

En los años amargos y duros de desintegración y crisis, el P. Cayuela ha sido ejemplo de vida de fe. No podía escribir unas líneas en que no brillase esplendorosa y ardiente la luz de Cristo. Una fe viva que fructificaba en una piedad y unción, que pueden considerarse una característica muy excepcional en su estilo y en su modo de enfocar todos los temas. Es imposible leerle sin darse cuenta inmediatamente de que el autor estaba entregado al servicio de Cristo, que vivía en relación filial con María, su Madre, y que estaba implantado como sarmiento vivo y fecundo en la Iglesia.

Esta fe piadosa era por lo mismo irradiación de esperanza de anhelo del triunfo del Reino de Cristo, y de caridad nacida del Corazón de Cristo, y vertida con atenciones y delicadezas insólitas e inolvidables sobre su prójimo. Después de su muerte es más patente este rasgo del P. Cayuela, y todos sentimos que en él habíamos visto, como en pocos, ejercerse el amor «teologal» al prójimo; el P. Cayuela quería al modo que Cristo nos ama.

Para esta Revista, que le debe un tesoro inapreciable de doctrina, que será para siempre semilla fecunda, y para *Schola Cordis Iesu*, que le es en muchos sentidos deudora de su propia existencia, en los años posteriores a la muerte del P. Orlandis, es un deber decir esto, y dar, junto con el propio P. Cayuela, gracias a los Corazones de Cristo y de María.

Hemos creído como homenaje más adecuado el recordar, a modo de índice, la totalidad de los trabajos publicados en CRISTIANDAD, y reproducir algunos que, por su extraordinaria aceptación, se agotaron los ejemplares que los contenían y debieron ser de nuevo publicados.

La diligencia y asiduidad de la colaboración del P. Roberto Cayuela, S.I., se expresa en el hecho de que algunos de sus trabajos inéditos esperan en nuestra Redacción y serán publicados a título póstumo.

LISTA DE ARTICULOS DEL P. ROBERTO CAYUELA, S. I. PUBLICADOS EN «CRISTIANDAD»

1958-1959

Un Maestro, n.º 331 de «CRISTIANDAD».

Sorprendente coincidencia, n.º 332.

La Carta Magna del culto al Corazón de Jesús, n.º 334 y 336.

«Sacaréis agua con alegría de las fuentes del Salvador», n.º 338.

Contrastes misteriosos, n.º 340.

El cáliz del Nuevo y eterno Testamento, n.º 341.

De pequeño Celador, a los ocho años, del Apostolado de la Oración, a Sumo Pontífice, n.º 344.

Los Concilios ecuménicos. — Grandeza, sin par, humano-divina, n.º 345.

1960

Argumentos teológicos del culto al Corazón de Jesús, n.º 349.

El Corazón de Dios en el Antiguo Testamento, n.º 350.

La revelación del amor de Dios en los Profetas, n.º 351.

San Juan de Ribera, n.º 352.

Un plan completo de sólida piedad cristiana, n.º 354.

La preciosísima sangre de Nuestro Señor Jesucristo, n.º 355.

El amor de Dios a los hombres en los Profetas del Antiguo Testamento, n.º 357.

Amor misericordioso de Dios a los hombres en el Antiguo Testamento, n.º 358.

1961

El anillo de boda, n.º 358.

La ligereza, raíz de nuestros males, n.º 360.

El misterio de amor en el Nuevo Testamento, n.º 362.

Y el Verbo se hizo carne, n.º 363.

Para ser Jesús, hubo de ser Cristo, n.º 364.

* A continuación del título del artículo se pone el número de CRISTIANDAD en que se publica.
Cuando hay dos números separados por guión, indica que el artículo corresponde a un número doble.
Cuando los números están separados por comas o por conjunción quiere decir que el artículo consta de varias partes que se publican en los diferentes números de CRISTIANDAD que se indican.

- El amor del Redentor en su obra de reparación, n.º 365.
 Triple amor de Jesucristo, n.º 367.
 La fiesta de Cristo Rey después de la encíclica «Haurietis aquas», n.º 368.
 Luces y sombras, n.º 369.

1962

- Armonía en el triple amor de Jesucristo, n.º 371.
 Símbolo del triple amor de Cristo, n.º 373.
 El ofrecimiento diario del trabajo humano a la majestad de Dios y la oblación del Apostolado de la Oración, n.º 375.
 Culto y devoción, n.º 376.
 Hacia la cumbre, n.º 377.
 El amor del Corazón de Cristo en su vida terrestre y gloriosa, n.º 379.
 El amor de Jesucristo en su vida terrena, n.º 380.
 El amor de Jesucristo, n.º 381.

1963

- Las donaciones de Cristo, n.º 383.
 El amor del Corazón de Cristo en su vida celeste, n.º 384.
 Carta Apostólica «motu proprio» de S. S. Juan XXIII, n.º 385.
 El culto a María esperanza para la unión de los cristianos, n.º 386.
 El culto al Corazón de Jesús es el culto a la Persona del Verbo, n.º 388.
 Progreso triunfal del culto al Sagrado Corazón de Jesús, n.ºs 389-390.
 El culto al Sagrado Corazón del siglo XII al XVII, n.º 391.
 El culto al Corazón de Jesús y los Romanos Pontífices, n.º 392.
 Pastoral del culto al Sagrado Corazón de Jesús, n.º 393.
 El gran medio para el gran mandamiento, n.º 394.

1964

- La profesión más completa de fe cristiana, n.º 395.
 La práctica del culto al Sagrado Corazón, n.º 396.
 El «calvario» perenne, n.º 397.
 Lema y consigna de «Cristiandad», n.º 398.
 También al Reino de Cristo por la devoción al Corazón de María, n.º 399.
 Remedio providencial de las necesidades presentes, n.º 400.
 Al Corazón de Jesús por el Corazón de María, n.ºs 401-402.
 Piedad litúrgica y piedad privada, n.º 403.
 La piedad privada preparación para la piedad litúrgica, n.ºs 404-406.
 La piedad litúrgica y la piedad privada: el fondo de la cuestión, n.º 406.

1965

- La Jerarquía en la Iglesia de Jesucristo y el Sacramento del Orden, n.º 407.
 La lectura de la Biblia, I, n.º 408.
 Cautelas de la Iglesia para la lectura de la Biblia, n.ºs 410 y 419.
 Importante documento pontificio sobre el Sagrado Corazón, n.ºs 412-413.
 Tres grandes encíclicas pontificias sobre la Biblia, n.ºs 414-415.
 ¿Triunfalismo?, n.º 416.
 La Sagrada Biblia arca de bellezas literarias, n.º 418.

1966

- Biblia y Liturgia. — Los salmos en el Oficio divino y en la Santa Misa, n.º 420.
 Biblia y Liturgia. — Epístolas, Evangelios, Homilías, n.º 421.
 Sinceridad, n.º 422.
 Ciencias experimentales: Ciencia filosófica y ciencia teológica, n.º 423.
 En la etapa postconciliar: El ecumenismo de la salvación humana por Cristo, n.º 424.
 La espiritualidad seglar, n.ºs 425-426.
 La teología de la cruz según San Pablo, n.ºs 427-428.
 En la etapa postconciliar: Diálogo sí, pero ¡cuidado!, n.º 429.
 Libertad en servir y obedecer a Dios, n.º 430.

1967

- Frutos de la lectura de la Biblia, n.º 431.
 La doctrina de la cruz, según el Evangelio, n.ºs 432, 433 y 434.
 Libertad científica y obediencia cristiana: Enseñanzas del Concilio Vaticano II, n.ºs 436-437.
 Torras y Bages, n.ºs 438-439.
 La ley del celibato eclesiástico, n.º 440.
 Fe viva, n.º 441.
 El Concilio de Jerusalén, I, n.º 442.

1968

- El Concilio de Jerusalén, II: En la primera y más grave crisis de la Iglesia de Cristo, n.ºs 443 y 445.
 La espiritualidad de S. Ignacio de Loyola y Santa Teresa de Jesús en el Pensamiento del P. Ramón Orlandis, n.º 444.
 Expresiones nuevas de realidades antiguas, n.º 446.
 Vindicaciones de la vida religiosa en el Concilio Vaticano II, n.ºs 447 y 448.
 Los Congresos Eucarísticos, n.ºs 449-450.
 Libertad científica y obediencia cristiana: Un ejemplo preclaro orientador, n.ºs 451-452.
 Espiritualidad de Juan XXIII, n.º 453.
 Libertad del acto de fe, n.º 454.

1969

- Libertad científica y obediencia cristiana, n.º 455.
 El «Kempis» hoy, n.º 456.
 Un memorable modelo de apologistas cristianos, n.º 457.
 El Reino de Cristo, ¿en orden jurídico y moral, o sólo en plan carismático?, n.º 458.
 La Iglesia carismática, n.ºs 459-460.
 El pueblo cristiano y la elección de los obispos, n.ºs 461-462.
 La fiesta de Cristo Rey coronamiento del año litúrgico, n.ºs 463-464.
 La fiesta de Cristo Rey, n.º 465.
 ¿La Iglesia de Cristo, ahora por permisión de Dios en manos de Satán, el adversario?, n.º 466.

1970

- «Los hombres se han de reformar por las cosas santas, no las cosas santas por los hombres», n.º 467.
 Obediencia de fe, n.º 468.
 La entrada en el Reino de Cristo, n.ºs 469-470.
 Cuatro signos en el cielo, n.º 471.

- La fe en las Bienaventuranzas, n.º 472.
 San Juan de Avila y San Ignacio de Loyola, n.ºs 473-474.
 Remachando el clavo: Sí, Satán es el adversario, n.º 475.
 La gran Santa de la Contrarreforma, n.º 476.
 La voz de los Santos Padres en alerta siempre contra el adversario, n.º 477.
 Enseñanzas de Santa Teresa de Jesús, Doctor de la Iglesia, sobre Satán el adversario, n.º 478.

1971

- ¿Santa Teresita del Niño Jesús Doctor de la Iglesia y Patrona del Apostolado de la Oración?, n.º 479.
 El Corazón traspasado y el misterio de Cristo y de los Cristianos, n.º 480.
 ¿La Iglesia de Cristo ahora, por permisión de Dios, en manos de Satán el adversario? (Reproducido), n.º 481.
 Criterio y conducta del cristiano ante la actual crisis de la Iglesia, n.ºs 482-483 y 484.
 El «por qué» de la llaga del costado de Cristo Nuestro Señor, n.º 485.
 Otra objeción contra el «Kempis», n.ºs 486-487.
 La secularización, n.ºs 488-490.
 El acto de la constitución definitiva del Reino de Cristo, n.º 489.

1972

- La secularización, III, n.º 491.
 El sacramento de la Fortaleza Cristiana, n.ºs 492-493.
 Lo sobrenatural y la sobrenaturalización del naturalismo, n.ºs 494-497.
 El Concilio Vaticano II y la Mariología: Virgen fiel, espejo de Santidad, n.ºs 395-500.
 Corazón modelo, n.º 496.
 Influjo decisivo de Satanás en la crisis actual de la Iglesia, según Paulo VI, n.ºs 498-499.
 El sentido perenne de la fiesta de Cristo Rey y una paradoja de nuestros días, n.º 501.

1973

- Grandeza de carácter y de santidad en un alma fuerte, n.º 503.
 Una gran efusión de caridad, n.º 504.
 La enseñanza de Paulo VI sobre el influjo de Satanás en plena consonancia con el Magisterio de la Iglesia, n.º 505.
 Un eco inconfundible de la doctrina de San Ignacio sobre Lucifer y sus satélites, n.º 506.
 Un «aggiornamento» mal entendido y peor realizado, n.º 507.
 Resonancia de la homilía del Papa Paulo VI en la fiesta de San Pedro y San Pablo, n.ºs 510-511.
 Pluralismo y cisma, n.º 512.
 En la solemnidad de Jesucristo Rey del Universo, n.º 513.
 Progreso verdadero y pseudo-progreso, n.º 513.

1974

- El progreso dogmático en la fijeza del dogma, n.º 515.
 Una novísima interpretación de la fiesta de Cristo-Rey, n.º 516.
 El misterio Pascual de Cristo en los Ejercicios de S. Ignacio, n.ºs 517-518.
 María, obra maestra de Dios, n.º 519.
 Sacerdotes según el Corazón de Cristo, n.º 520.
 Sentir con la Iglesia, n.º 521.
 El Año Santo y el auxilio de María primera triunfante de Lucifer, n.ºs 522-523.

La ausencia de la infancia espiritual, n.º 524.
 El salmo de Cristo-Rey y de su reinado, n.º 525.
 Cristo Divino Rey, Buen pastor, n.º 526.

1975

Un nuevo brote del funesto «quietismo», n.º 527 (554).
 Nuestra confianza, n.º 528 (555).
 La reconciliación con Dios, finalidad primera y fruto principal del Año Santo, n.ºs 529-530 (556-557).
 El Evangelio de María, n.º 531.
 Intentos de subversión en la Iglesia de Cristo, n.º 532.
 Más sobre el sentir con la Iglesia, n.º 535.
 La denuncia de los errores doctrinales y de las subversiones morales, n.º 536.
 El Reino de Dios según el Evangelio, n.º 537.
 El nuevo Secretario General del Apostolado de la Oración, n.º 538.

1976

Vindicación de la vida religiosa por el Concilio Vaticano II, n.º 539.
 La cumbre del Evangelio de la Virgen María, n.º 540.
 La Santísima Virgen María, modelo perfecto de la vida espiritual, n.ºs 542-543.
 Origen de la Adoración Nocturna, n.º 544.

El P. Roberto Cayuela, S.I., además de los artículos mencionados, publicó también en nuestra revista CRISTIANDAD los siguientes con el pseudónimo ROCASAN, S.I.

1961

El amor sacerdotal: Las fiestas de Corpus Christi y el Sagrado Corazón, n.º 352.

1975

El gran modelo de conversión por la más perfecta penitencia, n.º 529-530.
 La devoción al Corazón de Jesús compendio de toda la vida cristiana, n.º 532.



INTENCIONES DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

AGOSTO

GENERAL: «Que los jóvenes —encontrando cada uno su puesto en el servicio fraterno— se comprometan valientemente en la construcción de un mundo mejor.»

MISIONAL: «Que los jóvenes sean sensibles a las grandes opciones misionales al decidir sobre su futuro.»

¿La Iglesia de Cristo, ahora por permisión divina en manos de Satán, el adversario

¡Qué título tan angustiante y sobrecogedor! Aun puesta la cuestión con interrogante, y formulada en son de pregunta, no puede menos de haber dejado atónito al lector; el cual, quedando hondamente pensativo y aun seriamente intrigado, estará deseoso de entrarse por la lectura del artículo, para ver si en él encuentra alguna solución del pavoroso

enigma.

Y alguna solución ha de ser presentada; ya que tal interrogante no puede quedar al aire; y una tan grave y audaz pregunta debe tener contestación.

Sea el comienzo de la respuesta, y como el punto de partida para la solución, el relato verídico de un hecho histórico.

1.º Suceso misterioso en la vida del Papa León XIII

Celebraba un día la Santa Misa aquel inmortal Sumo Pontífice, grande entre los grandes de nuestra época; y, según solía, la celebraba en su Oratorio del Palacio Vaticano, rodeado tan sólo de los Monseñores que le asistían.

Advirtieron éstos aquel día una cosa del todo desacostumbrada; y fue que el Papa se detenía largo rato, en silencio, como extático; y, según parece, entre la Consagración y la Comunión. Se le notaba exhalar solamente algunos tenues sollozos y quejidos, que con dificultad podía contener. No salían de su asombro aquellos buenos Monseñores; y seriamente preocupados por lo que le pudiera suceder al Padre Santo, ya entonces en venerable ancianidad, esperaban ansiosos en qué paraba suceso tan insólito.

Pasado aquel angustioso rato, pudo continuar el Papa su misa; y cuando, después de ella, le hubieron ayudado sus Monseñores a quitarse los sagrados ornamentos, le preguntaron con respetuosa confianza si Su Santidad se había sentido mal de salud durante la Santa Misa. No se atrevieron a preguntarle más, aunque sospechaban que aquel raro suceso no había sido un accidente orgánico de malestar físico, sino algo mucho más grave, de orden moral.

El Papa, sereno como era, y perfectamente dueño de sí mismo, pero con visibles muestras de estar muy conmovido, les dijo que, primeramente, se retiraba a dar gracias al Señor por la celebración del Santo Sacrificio Eucarístico, como acostumbraba a hacerlo con profunda piedad e íntima devoción; y que después les hablaría.

Así fue; y ante el estupor de aquellos sus fieles servidores, les refirió León XIII que durante aquel espacio de interrupción de su Misa, le había

dado a entender Nuestro Señor, mas no con visión imaginaria, sino por conocimiento intelectual, que satanás, repitiendo en cierta manera, pero mucho más osada y ampliamente, lo que se relata en el libro de Job, de la Sagrada Biblia, se había atrevido a pedir a Dios que le dejase en sus manos la Iglesia de Cristo, por lo menos por algunos años; y con permiso para afligirla y tentarla; y así experimentar si le seguía siendo fiel, o no. Y que Dios, por sus inescrutables designios, le había dado su permisión; pero tan sólo por determinado lapso de tiempo, y con estas dos condiciones: que, por de pronto, no atentase contra la vida de la Iglesia; y que, además, no tocase para nada al Sumo Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra.

Terminó León XIII su relato diciéndoles que aquello no había de suceder entonces mismo, sino al cabo de no pocos años, y tras unas terribles convulsiones para el mundo entero. Y les rogó encarecidamente que acerca de lo que les había comunicado, guardasen estricto silencio mientras él viviese.

Aquel misterioso suceso debió ocurrir, a lo que parece, el año 1888, trece años antes de la muerte del sapientísimo Padre, el cual se conservaba en plena lucidez de sus facultades mentales, y, por otra parte, era tan ajeno, por su excelso carácter intelectual y por todo su modo de ser, a cualquier ilusión imaginaria e impresión meramente sensible.

Lo cierto es que aquel mismo año compuso León XIII, en castizo idioma italiano, una extensa, ferviente y apremiante oración al «Príncipe gloriosísimo de las Milicias celestiales», que es como invoca a San Miguel Arcángel, al comienzo de la vibrante súplica, pidiendo «su defensa en la batalla y en la lucha tremenda que tenemos contra los principados

y las potestades, contra los rectores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malignos». Y la enriqueció con 500 días de indulgencia, según el uso y la frase de entonces, por un «Motu Proprio», del 25 de septiembre de aquel año 1888. Se puede ver en «Enquiridion Indulgentiarum. Preces et Pia Opera. Editio altera, págs. 324, 325».

Más aún; compuso en clásico latín una deprecación más breve, pero también en demanda acuciante de auxilio, al mismo San Miguel Arcángel; y dispuso que se rezase como final de las Preces que ante el Santo Altar y de rodillas debían rezarse después de las Misas rezzadas; que es lo que hemos venido

haciendo los sacerdotes hasta hace pocos años. La deprecación es así: «San Miguel Arcángel, defiéndenos en la lucha; sé nuestro baluarte contra la maldad y las insidias del diablo. Impérole Dios; lo rogamus suplicantes. Y tú, Príncipe de la Milicia celeste, a satanás y a los otros espíritus malignos, que para la perdición de las almas van vagando por el mundo, precipítalos, con el divino poder, en el infierno. Así sea».

En inviolable secreto se guardó aquel suceso mientras vivió León XIII; pero después de su muerte, corrió de boca en boca; y hasta fue publicado en algunas revistas.

2.º El caso del Libro de Job

Ya que León XIII, en su relato aludió expresamente al conocido pasaje que nos refiere la Sagrada Escritura en el Libro de Job, será oportuno recordarlo aquí. — Lo haremos con el comentario, aunque acortado, de Fr. Luis de León, quien lo expuso en su admirable «Exposición del Libro de Job», con su profunda penetración del texto sagrado y su inimitable estilo literario (Véase en «Obras completas castellanas de Fr. Luis de León»; vol. 3 de la BAC).

Comienza el sagrado Libro, uno de los más bellos de la Literatura universal, y de perenne interés, va que en él se plantea y se resuelve el eterno problema del mal en la vida humana, refiriendo la vida santa de Job, que si bien gentil, era adorador sincero y virtuosísimo del verdadero Dios; y nos hace ver la inmensa prosperidad con que Dios favoreció a su fiel siervo. Después de lo cual, reseña el Libro la terrible prueba a que fue sometido el pacientísimo varón, que ha pasado a todas las edades como insigne modelo de la resignación perfecta en los grandes infortunios de la vida: «Dios lo dio, y Dios lo tomó; sea su Nombre bendito» (c. 1, v. 21).

El origen de la prueba fue de este modo:

«Y fue un día; y vinieron los hijos de Dios a asistir a Dios; y vino también Satanás entre ellos. Y dijo Dios a Satanás: ¿de dónde vendrás? Y respondió Satanás a Dios, y díjole: De cercar por la tierra, y de pasearme en ella» (v. 1, vv. 6,7). — «No asisten un día, y otro no, delante de Dios los Angeles; ni tienen sus días señalados ni sus tiempos de Cortes, porque todos los días y todos los tiempos le están presentes, y sirviendo. Ni menos Satanás, después de echado del cielo, toma a tiempos a él, ni ve la cara de Dios, que a todos los que la ven, los hace bienaventurados en viéndola. Más dícese esto así, por una de dos razones: o porque se suele hacer así en las Cortes de los Reyes, cuando de algo se consulta; y Dios, para que le entendamos los hombres, nos habla en su Santa Escritura conforme a lo que usamos y más entendemos los hombres; o, de otra manera píntase así, porque lo vio así el Profeta que

este Libro escribió, en la visión que de él tuvo por imágenes y figuras que se le pusieron en la imaginación o en los ojos; como Daniel y San Juan vieron las imágenes de lo que dejaron escrito... Las cuales figuras, en realidad de verdad, las ven los Profetas o con la fantasía o con los ojos; y son ellas imágenes que tienen su ser; pero no el mismo ser que representan, ni son ello mismo, sino figuras hechas por Dios; y en la manera como lo significan se ajustan y proporcionan con nuestro entender. Porque no hay duda sino que en este hecho y acontecimiento de Job, según la verdad, Dios fue quien ordenó que se hiciese, porque en ninguna manera se hiciera sin su querer y licencia; y el demonio fue el ejecutor, por orden de Dios...

»Y el figurar que pregunta Dios al demonio, y que le vuelve respuesta, dice con la verdad de lo que el mismo demonio, con engaño, se imaginaba y pensaba de Job; y con la voluntad que Dios tuvo de sacar a luz este engaño. Y asimismo el parecer que entrega Dios a Satanás la salud y los bienes de Job, consueña con la licencia, que por orden de su providencia, le dio para herirle y tentarle. Y todo esto que nunca pasó en el hecho, como aquí se figuró en la imaginación del Profeta, pasó en el hecho, conforme a lo que significa esta imagen...

»Mas veamos lo que sigue: «Y dijo Dios a Satanás: ¿por ventura pusiste tu corazón sobre mi siervo Job, que no hay quien le iguale en la tierra, varón sencillo, y recto, y temeroso de Dios, y esquivador de lo malo?» Poner el corazón sobre una cosa es mirar en ella con atención, en la lengua en que se compuso este Libro. Pues preguntale Dios, a ver, si lo ha paseado todo, como él dice, si echó de ver las virtudes de Job, y las ventajas conocidas que a todos en ellas hace. Maravilla grande es que haga Dios tanto caso de un siervo tal que tiene, hablando con el demonio, que tenía entonces a todo el mundo y a casi todos los hombres por suyos; y que, según parece, oponga este uno a todos los que al demonio servían; y se precie y honre Dios de él, más que de

toda su gente el demonio. Como si con más palabras dijera: ¿valen tanto cuantos te sirven, como este uno que es mío?; ¿has echado de ver cuánto mejor soy servido de éste, que tú lo eres de cuantos engañas?; ¿no miras que por más que cerques la tierra, y por más que de ella te apoderes, hay al fin en ella una semejanza de virtud?...

»No respondió el demonio a Dios consolándose de los muchos otros que de su parte tenía; ni le dijo que si Job era bueno, era uno solo; sino como quien conocía bien lo mucho que lo bueno vale, aunque en uno solo se halle, quiso mostrar a Dios que no era bueno Job como a Dios le parecía; y así se escribe que dijo: «Y Satanás respondió a Dios, y le dijo: ¿por ventura de balde teme Job a Dios?» Que es como si más claro dijera: Señor, si Job es bueno, no lo es de suyo, sino por el interés que de ello saca; si es bueno, bien se lo pagáis porque lo sea. Le traéis sobre las palmas, hacéis que todo le suceda a su gusto... ¿qué mucho que él os sirva, pues vos de continuo le servís a él? Y así en serviros a Vos, se sirve a sí, y hace su hecho. Y esto es lo que añadió: «Por ventura tú no pusiste sobre él, y sobre su casa, y sobre todo lo que le pertenece a la redonda?» Que es decir: pusiste sobre él tu guarda y amparo; y como en atalaya estás siempre velando sobre él. Y se declara luego más, y prosigue: «Mas empero plázcate enviar tu mano; o sea, pruébale enviando sobre él tu azote; y si entonces abiertamente no se volviere contra ti, di entonces que es bueno...

»Siguese: «He aquí que todo lo que le pertenece queda en tu mano; solamente no pongas tu mano en él mismo». Como quien dice: te pongo toda su hacienda en tu mano; no toques a su vida; del resto haz a tu gusto. No quedara bien confuso ni bien castigado el demonio, si no se le sometiera a él la ejecución de lo que sospechaba y quería. Y así, aunque pidió a Dios que el mismo Dios le tocara a Job con su mano, Dios le permite que le toque él con la suya;

para que así, haciendo el demonio cuanto pudiese, si quedase después vencido, como de hecho quedó, quedase desesperado, y rabiase de su propia flaqueza, y de la fortaleza de Job, y de ver que le había honrado con su malicia, pretendiendo dañarle.

»Y salió Satanás de delante de Dios; lo cual es decir: y luego, al mismo punto, sin decir ni replicar más, salió a su comisión, deseoso. Satanás se aleja de Dios para azotar a Job, que no era hecho malo, según que Dios lo ordenaba. Y algunos se meten a Dios, y se visten de su Religión, para ser su estrago de ella (o sea de su Iglesia), y su azote.»

Palabras estas últimas del insigne Fray Luis de León, que parecen un anuncio de lo que ahora vemos.

Describe a continuación el texto sagrado cómo arreció la furia de Satanás contra Job; y cómo, en brevísimo tiempo, por permisión divina, le arrebató sus siete hijas y sus tres hijas con muerte desastrosa; y le despojó de todas sus posesiones y de todos sus bienes; y le llagó todo el cuerpo con úlceras purulentas, de pies a cabeza.

Misteriosa fue ciertamente aquella permisión de Dios; terrible sobre toda ponderación la prueba a que sometió el Señor a su fidelísimo siervo; y nada menos que por mano de Satanás, que se ensañó en él y en todas sus cosas, como aprovechándose con diabólica rabia de la permisión divina. Pero Dios asistió con su maravilloso poder a Job en la prueba; fue ésta pasajera; y al fin salió de ella vencedor por la virtud de lo Alto; salió, santificado y mejorado, aun en sus bienes temporales, mucho más que antes de la terrible tragedia.

¿No se ha repetido esto en la Historia de la Iglesia? ¿No se repetirá ahora? Seguros podemos estar de que si la actual prueba se parece a la de Job, el fin de ella se asemejará a la del varón pacientísimo, y aun con grandes y amplias ventajas.

3.º Un precedente en el Evangelio

Tenemos, no sólo en el Antiguo Testamento, sino también en el Nuevo, en el Evangelio, un hecho singular de nueva petición de Satanás, de misteriosa permisión divina, de fortísima prueba y de victorioso y trascendental resultado; un hecho muy significativo por todas sus circunstancias, y que bien puede ser considerado como un providencial precedente de lo que ahora ocurre en la Iglesia.

Así como León XIII aludió al pasaje de Job cuando relató el grave suceso de aquella su Misa; también es muy probable que o bien entonces mismo, o después, al reflexionar sobre el caso, le viniese a la memoria el pasaje evangélico al que nos referimos, y le confortase profundamente, pues iluminaba con luz celestial todo aquel oscuro horizonte.

El suceso fue en la Última Cena, después de ha-

ber denunciado Jesús quién era el traidor, y una vez que Judas hubo salido del Cenáculo; pues entonces, poniéndose Jesús a hablar con sus fieles Apóstoles, en forma de indecible amor y confianza; y habiendo comenzado su maravilloso sermón por la promulgación de su nueva Ley, su principal precepto, el de que sus discípulos nos amemos como El nos amó; dio rienda suelta a la tristeza de su Corazón, y predijo a sus queridos Apóstoles las defecciones y negocios con que en aquella misma noche le habían de afligir.

Y dirigiéndose en particular a Pedro, que acababa de hacer grandes protestas de su inmovible adhesión al Divino Maestro, le dijo: «Simón, Simón: mira que Satanás os ha reclamado para meteros en la criba y zarandearos como se hace con el trigo;

pero yo he rogado por ti, que no desfallezca tu fe; y tú, vuelto sobre ti, confirma a tus hermanos» (Lc., 22, 31).

Hubo también aquí una petición de Satanás; y petición de increíble osadía, pues la hizo como reclamando a Dios algo que le perteneciese, pues tal es la fuerza de la palabra que usó San Lucas: «os ha reclamado»; y su petición fue nada menos que para una acción de ataque a Pedro y a los Apóstoles. Esta acción de ataque la atribuye Jesús claramente a Satanás, el gran enemigo del Reino que iba a instaurarse pronto, y enemigo jurado de los Apóstoles, que iban a ser sus grandes evangelizadores. Las palabras de Jesús suenan a una evocación del caso de Satán, pidiendo licencia a Dios contra Job.

La imagen con que Jesús anuncia esta embestida de Satanás es muy gráfica: va a cribarles como al trigo; va a ser un ataque muy fuerte; una tentación violenta y terrible; tanto más cuanto que la hora era muy trascendental.

No dice Jesús expresamente que la petición de Satanás hubiese sido otorgada con permisión divina; pero el contexto lo da a entender claramente, y los hechos lo atestiguan bien pronto como triste evidencia.

El anuncio del ataque de Satanás, por permisión divina, se refería a todos los Apóstoles, pues todos ellos, en realidad de verdad, huyeron en el prendimiento de Jesús, y le abandonaron. Pero San Lucas recoge lo que fue anuncio y promesa sólo para Pedro. Contra él dirigió principalmente Satanás su ataque, intentando perderle; mas no pudo. Dios que le limitó el tiempo de la tentación, le limitó el suceso de ella. Cristo rogó para que, aun en la prueba, no desfalleciese la fe de Pedro, pues lo que él hizo en el Palacio de Caifás, no fue pérdida de fe, sino cobardía negando a Jesús externamente.

4.º Las permisiones divinas y la situación actual de la Iglesia

La voluntad de Dios, como lo enseña la Teología católica es *intensiva*, cuando quiere e intenta los *bienes* que su infinita Sabiduría le propone como necesarios o útiles y provechosos para sus criaturas, en especial para los hombres, que ha querido fuesen sus hijos por perfecta adopción; hijos en su muy amado Hijo Cristo Jesús.

Pero otras veces, la voluntad de Dios es *permisiva*; es decir, cuando, aun no queriendo los *males*, sin embargo, los permite; mas con el intento inefable de sacar de ellos, por los caminos maravillosos de su amorosa Providencia, mayores bienes. Es clásica la sentencia de San Agustín: «Juzgó Dios que era mejor, de los males hacer bien, que el no permitir hubiese males ningunos» (Lib. Ench. c. 27).

Son muchas las permisiones divinas respecto de males de todas clases, como se ve a cada paso en

La victoria fue de Cristo, con su oración; pues además de lograr por su oración, mantener la fe de Pedro, le da un magnífico encargo: «Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos». El verbo «volver» aparece aquí sin complemento, pero tiene el valor específico, tan usado en la Biblia, de volverse a Dios, de convertirse. La *vuelta* de Pedro es de orden moral. No es la pérdida de la fe, garantizada por Cristo y obtenida por su oración. Es la «conversión» de sus negaciones, que ya Jesús le había predicho. Más tarde, después de resucitado Cristo, le devolverá Pedro, junto al mar de Tiberíades, por sus tres negaciones, tres protestas de amor.

Aquella misma noche, cuando se «convierta», deberá cumplir el mandato del Señor: confirmar en la fe a sus hermanos; es decir, puesto que él, por la oración de Cristo, no perdió la fe, deberá confirmar, robustecer en la fe a los demás Apóstoles. Y después de la Ascensión de Cristo a los cielos, la función de Pedro será mantener a sus hermanos en la fe, porque Cristo, en su predicción, no mira sólo a la crisis de la Pasión, sino a las dificultades y a las pruebas de su Iglesia en lo futuro. Y si los Apóstoles necesitaban de Pedro para ser confirmados y robustecidos en la fe, los demás fieles quedan en la misma necesidad con relación a los Sucesores de Pedro. (Cfr. Biblia comentada, V, Evangelios: vol. 239 de la BAC, págs. 910, 911).

Con todo esto vemos que el citado pasaje evangélico es no tan sólo un precedente del ataque con que Satanás, por permisión divina, prueba ahora y tiente a la Iglesia; sino también un aleccionador y consolador precedente de que en esta prueba, como en todas, queda incommovible el Sucesor de Pedro, como quedan incólumes los que se adhieren firmemente al Papa, a sus enseñanzas, a su dirección. Son únicamente «zarandeados» por Satanás los que desoyen al Papa, y no están con él en todo y por todo.

los Libros Sagrados; donde asimismo vemos los grandes bienes que de haberlos permitido ha sacado la inefable Bondad de Dios; y por encima de todos, el bien universal y excelso de la Redención del género humano, por haber permitido el terrible mal del pecado de deicidio, que cometieron en Cristo los dirigentes de Israel.

Para nuestro caso, podemos recordar que las permisiones divinas son de tres maneras.

La primera manera de permisión divina tiene por objeto directo y exclusivo a los hombres, tanto en lo que se refiere a su propia vida, como en lo que atañe a su acción e influjo en los demás; es decir, cuando Dios permite que dejándose llevar y dominar los hombres por su propio amor desordenado, y de las pasiones y apetencias desordenadas que de ese amor proceden, ya las espirituales, como la soberbia,

la ambición, el espíritu de independencia; ya las inferiores, como la impureza, la codicia de bienes materiales, la gula, el afán desmedido de goces y diversiones; estas pasiones oscurecen la razón, y aun a veces la ciegan; y con esto, apoderándose de la voluntad humana, la desvían y la tuerzan hasta tal punto que el hombre, de tropiezo en tropiezo, caiga en el pecado, y aun se hunda en él. Es el caso en que solemos decir que un hombre no necesita de demonio que le tienta, pues el mismo hombre hace de demonio consigo, y hace el oficio de demonio para con sus prójimos.

La segunda manera de permisión divina tiene por objeto, conjuntamente, a los hombres y a los demonios; esto es, cuando permite Dios lo que podemos llamar intervención *ordinaria* de Lucifer y de sus satélites, los demás demonios, en la vida humana; es la intervención que con palabras inequívocas nos describen, y contra la que nos ponen en alerta, San Pedro, en su 1.^a Carta (5, 8 y 9); y San Pablo, en su Carta a los Efesios (6, 12); es también la intervención que de continuo nos presenta la Iglesia por los Santos Padres, por el Magisterio eclesiástico y aun por la Sagrada Liturgia; y es aquella intervención que tan al vivo nos describe San Ignacio de Loyola en la genial «Meditación de dos Banderas», del Libro de sus Ejercicios Espirituales; cuando nos hace ver las «redes y cadenas» con que tienta el diablo, y los grados o escalones por donde induce a todos los pecados y vicios, a cuantas personas se dejan influir por él, hasta ser víctimas de sus engaños, insidias y astucias.

Y la tercera manera de permisión divina es la que tiene ya por objeto directo a Satanás mismo, cuando por los secretos juicios y designios de su Providencia, permite lo que Satanás se atreve a pedirle, accediendo a su petición, y dándole licencia para que ataque de un segundo caso, a un hombre determinado, a un conjunto de hombres, a una sociedad, a la Iglesia misma de Cristo. Es el caso que hemos visto en el Libro de Job y en el Evangelio.

Y ahora, después de todo esto, surge angustiosa la pregunta: ¿lo que sucede actualmente en la Iglesia, es por esta tercera manera de permisión divina? El suceso misterioso de la vida de León XIII, reseñado anteriormente, induce a pensar que así es. Empero aparte de ello, ¿no parece que los hechos mismos que estamos presenciando, y más aún el conjunto tenebroso de ellos, está diciendo a voces que por permisión divina, tiene ahora en sus manos Satanás, el adversario, a la Iglesia de Cristo, si bien en la forma y con las limitaciones que Dios le ha señalado, y ciertamente con prueba temporal?

No cabe duda de que es muy grande la malicia humana, y que los hombres son capaces de perpetrar muchos males, cuando engañados y seducidos por las instigaciones insidiosas del demonio con su *ordinaria* intervención, se ensoberbecen hasta consti-

tuirse en árbitros y jueces de todo, con una autosuficiencia y un subjetivismo que les lleva a preferir sus propias opiniones y sus propios juicios a los de los demás, y aun a los de la autoridad de la Iglesia de Dios.

Pero aun siendo esto así, y si lo pensamos bien, ¿no se inclina uno a pensar que todo lo que ahora sucede en la Iglesia es muy superior a la malicia humana, a las trazas humanas, a la osadía humana; y que se ha de atribuir a una malicia, a unas trazas, a una osadía que está muy por encima de la de los hombres, o sea de Satanás, si bien por permisión divina?

Y se confirma uno en esta opinión cuando advierte, con asombro, que Satanás, siendo como es el prototipo de la soberbia, la personificación del orgullo, sin embargo, en nuestros días, para hacer mejor su hecho, no tan sólo se agazapa y se esconde, sino que hasta pretende desaparecer y anularse, pues hace creer a no pocos, aun sacerdotes y religiosos, que él no existe!!! Es el colmo de la astucia diabólica, pues así obra más a mansalva y hace más razia y estrago en la Iglesia. Así, pues, pensar que, por permisión divina, la tiene ahora en sus manos, durante algún tiempo, no parece que sea un desvarío o una idea exagerada; antes bien, ponderadas todas las cosas, se nos presenta como la explicación más adecuada de lo que ahora sucede.

Y lo que sucede ahora en la Iglesia, ¿para qué detenernos a describirlo? Es el Sumo Pontífice quien día tras día, nos lo está describiendo y anunciando. Trata de abrirnos los ojos y de ponernos en guardia contra tanta insidia y engaño como está perturbando a los fieles, a manera de vientos huracanados.

Dijo el Papa Paulo VI en cierta ocasión que «el espíritu y la letra de la falsa reforma protestante se ha infiltrado y ha penetrado ahora en la Iglesia de Dios, entre los católicos, sacerdotes y fieles». Ha denunciado repetidamente los peligros del autosuficiente subjetivismo, del orgulloso humanismo exagerado, que pone al hombre en el centro de todo, arrojándose los derechos de Dios y de su Cristo. Y en la audiencia del 3 de abril de 1969, ha puesto de manifiesto, con acentos de profunda tristeza, las causas de los sufrimientos de la Iglesia; que son: «el abandono, por tantos católicos, de la fidelidad a la tradición secular y al Magisterio de la Iglesia; la insurrección inquieta, crítica y demoleadora de tantos de sus hijos predilectos; la desviación y el escándalo de ciertos eclesiásticos y religiosos, que crucifican a la Iglesia». ¿Para qué seguir?

Pues bien, todo esto ¿no supera en mucho a la mera maldad humana, y no es demasiado para ser obra tan sólo de hombres? — Por lo mismo, ¿no hay que pensar en la maldad y astucia de Satanás, el adversario?

Mas esto mismo, aunque a primera vista parezca extraño, ha de sernos motivo de mayor confianza.

¿Por qué? — Sencillamente, por si lo que ahora padece la Iglesia fuese obra humana, podíamos temer que, siendo los hombres siempre los mismos, lo que ahora sucede, seguiría sucediendo, más o menos, por largo tiempo, y aun por tiempo indefinido. En cambio, si es, como parece, obra de Satanás, que ha perdido y ha obtenido el permiso de Dios para crucificar a la Iglesia, será pasajera, como lo fue la de Job, cuando por permisión divina lo tuvo en sus manos para afligirle; como lo fue la de San Pedro y los Apóstoles, cuando también por permisión divina los

tuvo en sus manos para cribarlos. ¡Ah!, y cuando se criba el trigo, ¿no quedan separados, por una parte, la paja y el salvado, y, por otra, el buen grano limpio, puro y dorado?

Además, la Historia de la Iglesia demuestra con máxima evidencia, y para gran confortamiento nuestro, que siempre la Iglesia ha salido de sus grandes pruebas muy purificada y mejorada. Es que Cristo está siempre con ella, y más en la tribulación: «Y sabed que Yo estoy con vosotros, todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt., 28, 20).

EL CULTO A MARIA, ESPERANZA PARA LA UNION DE LOS CRISTIANOS

En las páginas de esta revista se ha promovido una noble y valiente campaña Mariológica, que tiene por objeto demostrar la eficacia y la oportunidad del culto genuino a María para el acercamiento de ahora, y aun para la unión de todos los cristianos, en un día, tal vez no muy lejano. Si ese día felicísimo se puede acelerar, si los plazos se pueden acortar, según los amorosos designios de la Providencia de Dios, creemos que lo hará la intercesión poderosísima y maternal de la Virgen.

Permítasenos, pues, contribuir, siquiera sea con modestísimo óbolo, a esta hermosa campaña de CRISTIANDAD con las siguientes con las siguientes reflexiones.

El Culto a la Madre de Dios se nos presenta como una esperanza cierta para la unión de todos los cristianos; y esto, desde el punto de vista bíblico y teológico, y desde el panorama actual de los hechos y datos históricos.

1.º Biblia y Teología

Patentes están a los ojos de nuestros hermanos separados, los que pertenecen a las diversas iglesias o confesiones protestantes, los libros sagrados que forman la Biblia; los Libros que tienen por autor principal al Espíritu Santo. A esos libros acuden esos nuestros hermanos para su ilustración y su piedad cristiana; en ellos buscan a Cristo; y en ellos lo han de hallar. Pero no pueden menos de encontrarse en esos mismos libros con María, la Madre de Jesús, íntima e indisolublemente unida a El, a su vida y a su obra de salvación.

Ya en las primeras páginas del Génesis han de ver ellos, como lo vemos todos, que en la oscura noche de la prevaricación del primer hombre, padre de todo el género humano, al presentarse Dios ante Adán y Eva, y darles la sentencia de su merecido castigo, rasga juntamente los negros nubarrones de aquella

noche tristísima, y les muestra en lontananza, como en rompientes de luz celestial, al futuro Redentor, pero en brazos de una Virgen Madre, que junto con su Divino Hijo había de aplastar la cabeza de la serpiente infernal, oponiendo su humildad y obediencia a la soberbia y rebeldía de Lucifer.

Después, en los restantes Libros del Antiguo Testamento ¡qué variedad y belleza de símbolos, figuras y prenuncios con que Dios bosqueja y hace presentir, mayormente en las más eminentes mujeres de aquellos siglos, a la «Bendita entre todas las mujeres»!

Y no digamos nada de las Profecías de Isaías, de Ezequiel y de Jeremías, las cuales prepararon la aparición en la tierra de la Madre del Divino Emmanuel, de la Puerta por donde El nos vino, de la Mujer excelsa que nos trajo al Varón Santísimo, al Mesías esperado.

Incomparablemente más claras aún las páginas del Nuevo Testamento. En ellas brilla con fulgores celestiales ante todo espíritu recto, sereno y amante de la verdad la figura modesta y humilde, pero a la vez soberanamente grande y luminosa de la Madre del Divino Redentor, llena de gracia, toda pura y santa, modelo de las más heroicas virtudes. Así en los relatos evangélicos de la Anunciación del Ángel y de la aceptación generosa del mensaje divino por parte de María; y de la Visitación con el cántico del «Magnificat»; y del Nacimiento del Salvador en Belén; y de la Purificación y Presentación del Niño Divino en el Templo, con la profecía dolorosa del anciano Simeón; y de la adoración de los Magos, huida a Egipto y vuelta a tierras de Israel; y de la quedada y hallazgo de Jesús, a sus doce años, en el Templo de Jerusalén, Más tarde, la intervención decisiva de María en el primer milagro de Jesús, en el convite de bodas de Caná de Galilea; y, sobre todo, al pie de la Cruz, cuando Cristo, despojado de todas las cosas, a punto de morir, queriendo hacer su

testamento, y no quedándole más que su Madre, nos la dio por Madre a todos los cristianos.

En el primer capítulo de los «Hechos de los Apóstoles» nos narra San Lucas el nacimiento de la Iglesia; y allí, en el Cenáculo, estaban los Apóstoles, los Discípulos, las santas Mujeres; y todos «cum María, Madre Iesu».

Si un protestante de buena fe, como los hay tantos en la época actual, lee atentamente las Cartas de San Pablo, no puede menos de ver que Cristo perdura viviente en la tierra; que el gran misterio de la sabiduría y de la bondad de Dios es precisamente el Cuerpo Místico de Cristo; que el Cristo total es el que forman El como Cabeza y los cristianos como miembros; y que por lo tanto, como es obvio, y así lo entendió la Iglesia primitiva, la Madre del Cristo total es María.

A la luz de la Sagrada Biblia cultivan los protestantes, y no pocos con sinceridad ejemplar y con ardoroso empeño, la Ciencia de Dios, la Teología; y para ello han de acudir, y acuden a los monumentos de la Literatura Eclesiástica y a la Historia del Cristianismo, especialmente en los primeros siglos, y aun en los subsiguientes hasta el siglo xvi; y en esos Archivos de la venerable antigüedad cristiana se encuentran con el Concilio de Efeso, donde se definió y se proclamó la Maternidad divina de María; y por consecuencia su Maternidad espiritual nuestra. El adalid de aquel Concilio, San Cirilo Alejandrino, que en nombre del Papa San Celestino I lo presidió, saludaba así a la Santísima Virgen en una homilía a los fieles de Alejandría: «Salve, Madre de Dios, María, de quien a cuantos creemos en Cristo nos proviene la gracia del Bautismo». Es por lo tanto María Madre del Salvador y Madre nuestra, para alcanzarnos de su hijo la gracia de la salvación. Siglos más tarde había de decir San Bernardo que ésta es la voluntad de Jesucristo: que todos los bienes de su Redención nos vengan por María.

¿Cómo no ha de resonar en lo más íntimo del alma de un protestante sincero el coro unánime de alabanzas de toda la antigüedad cristiana a la Madre de Cristo y Madre de todos los cristianos?; aquellos himnos encantadores del que fue llamado «la cítara del Espíritu Santo», el Diácono de Edesa, en Siria, S. Efrén; aquellos elocuentes encomios de S. Epifanio, de S. Juan Crisóstomo, de S. Juan Damasceno, de S. Sofronio, y de tantos y tantos Padres griegos, que casi agotaron en los loores de María los tesoros de la riquísima lengua de Homero y de Platón. Y por semejante manera los Padres latinos, entre los cuales, como el águila entre las aves del cielo, prevalece S. Agustín. ¡Con qué firme aseveración proclama la maternidad espiritual de la Virgen María respecto de todos los cristianos, ya que la que es Madre de la Cabeza, ha de ser Madre de los miembros, que somos todos los regenerados por el bautismo. Y hablando de la incomparable santidad de

María, llega a decir: «Beatior quidem Maria percipiendo verbum Christi quam concipiendo carnem Christi»; es decir, que María fue más dichosa y bienaventurada por haber escuchado y cumplido perfectamente la palabra de Cristo, o sea sus enseñanzas y sus ejemplos, que por haber concebido la carne de Cristo.

Ni pasarán inadvertidas a nuestros hermanos separados de cualquier confesión protestante las admirables páginas que nos ligeran sobre la Virgen María en la Edad Media S. Bernardo de Claraval, S. Anselmo de Cantorbery, el Seráfico Doctor S. Buenaventura, y otros muchos e insignes autores, mucho antes de la escisión del siglo xvi; como tampoco dejarán de conmoverles las inspiradas estrofas del «Stabat Mater» de Jacopone de Todí, y finalmente aquella voz, dulce a la vez y potente del Poeta-Teólogo, Dante Alighieri, que en el siglo xiv, en su inmortal poema del Cristianismo, decía a sí a Jesucristo, refiriéndose a la Virgen María:

*«Querer llegar a Ti, mas no por Ella,
Es pretender volar, pero sin alas.»*

2.º Hechos esperanzadores

Son ya no pocos los protestantes que vuelven a enseñar y practicar el Culto a la Virgen María. Más aún, el innegable y feliz acercamiento que se va haciendo entre unos y otros pone de relieve algunas cosas que antes no se tenían presentes, o estaban como en la penumbra. Ahora vemos que «este Culto de la Santísima Virgen empalma, desde luego, con una tradición que viene desde Lutero, porque Lutero es un espíritu complejo, y, siendo como fue una personalidad violenta, se encuentran en él facetas que pueden parecer contradictorias. Aunque en reacción contra la Iglesia Católica y contra el Culto Católico, Lutero se adhirió firmemente a lo que le parecía ser patrimonio de la tradición cristiana, y en particular al Culto de la Santísima Virgen, de la que habla en términos conmovedores» (Jacques Leclercq, «Hacia la unión de las Iglesias», págs. 49, 50).

«Y de hecho, siempre se ha conservado entre los luteranos cierto culto de la Santísima Virgen, más sobrio que el Culto Católico, pero tan real, que, al reanudar actualmente la antigua tradición, los luteranos encuentran sin dificultad ni sutilezas en su propia tradición los elementos que les disponen a favor de la unión» (Ibíd., pág. 50).

Singularmente entre los religiosos y religiosas protestantes se practica abierta y fervorosamente el Culto de la Virgen María. Las «Hermanas de María» de Darmstad lo afirman y proclaman aún por el nombre mismo de su Congregación.

Este culto Mariano de los protestantes se basa en la perspectiva, profundamente católica, según la cual María, la Madre del Salvador, es nuestra Madre para

la vida divina de la gracia y la vida eterna de la gloria, y está íntimamente asociada a la Obra de la Redención de Cristo, su Divino Hijo.

La historia y la realidad actual de los «Hermanos de Taizé» es excepcionalmente notable en todo esto. Son religiosos protestantes, y calvinistas por más señas; buscan los más frecuentes contactos con Obispos, Sacerdotes y seglares católicos. De su Monasterio de Francia, donde viven con ejemplar austeridad, fueron a Roma los Hermanos Prior y Subprior, invitados por el Cardenal Bea para asistir como huéspedes al Concilio Vaticano II en su primera etapa. Varios Obispos fueron a hablar con ellos, y aun les acompañaron en su sobria y pobre mesa. Uno de estos Obispos nos refirió la profunda impresión que le causó el trato con aquellos monjes protestantes, de los cuales oyó que todo su ideal es la unión de las Iglesias, la perfecta unión de todos los cristianos, como la deseó y la pidió Jesús al Padre Celestial en la Oración Sacerdotal de la Última Cena. La vida de oración y de sacrificio de tales monjes de Taizé es para alcanzar del Señor la gracia de la unión; pero la piden insistentemente por mediación de la Santísima Virgen, a la que aman, veneran, procuran imitar, y en cuya poderosísima intercesión tienen puesta toda su confianza. Y no tuvieron dificultad en aseverar que, si bien ahora tienen una Regla, conforme a la cual llevan su vida religiosa, pero que su plan es que cuando llegue el día suspirado de la unión, suprimirán su actual Regla, y, en vez de ella, tendrán por norma de su vida la autoridad suprema de la única Iglesia de Cristo. ¿No es éste un milagro moral de la Virgen María?

Terminemos con un hecho altamente significativo y de muy consoladora esperanza. Lo tomamos del Boletín de A.C.N. de P., núm., 687, 1 septiembre 1960.

«Un grupo de teólogos protestantes de la Alemania oriental, desde Dresde, han lanzado al mundo cristiano un manifiesto. Ofrecemos, por su importancia un extracto de ese manifiesto, solamente en la materia que se refiere a la Santísima Virgen:

»El Culto de la Virgen María, que se remonta a los primeros tiempos del Cristianismo, y que nunca ha sido abandonado por la Iglesia Católica, ha conocido un gran auge como consecuencia de las revelaciones de Lourdes y Fátima. En Lourdes, en Fátima y en otros Santuarios Marianos la crítica imparcial se encuentra en presencia de hechos sobrenatu-

rales, que tienen una relación íntima con la Virgen, sea a causa de las apariciones, sea a causa de gracias milagrosas, pedidas y concedidas por su intercesión. Estos hechos desafían toda explicación natural.

»Nosotros sabemos —o deberíamos saber— que las curaciones de Lourdes y de Fátima son examinadas con enorme rigor científico por médicos que no son todos católicos. Sabemos también que la Iglesia Católica deja pasar un lapso de tiempo considerable antes de declarar milagrosa una curación. Hasta el presente, 1.200 curaciones operadas en Lourdes han sido reconocidas por los médicos como científicamente inexplicables. Pero la Iglesia Católica no ha declarado milagrosas más que 44. Durante treinta años, 11.000 médicos han pasado por Lourdes. Todos los médicos tienen libre acceso a la Oficina de Constatación Médica, sin distinción de religión o de opiniones científicas. Una curación declarada milagrosa posee, pues, las mayores garantías.

»¿Cuál es el sentido último de estos hechos milagrosos en los planes de Dios?... Parece que a través de todos estos hechos, Dios quiere responder de una manera radical a la incredulidad moderna. ¿Cómo un incrédulo, ante estos hechos, podría perseverar de buena fe en su incredulidad? Y nosotros, cristianos evangélicos, ¿podremos dejar a un lado estos hechos sin hacer examen de conciencia? ¿No sería semejante actitud causa de una grave responsabilidad? ¿Tiene un cristiano evangélico derecho a ignorar estas realidades por la sola razón de que se presentan en la Iglesia Católica, y no en su propia comunidad religiosa? ¿No deberían mejor estos hechos empujarnos a reconocer a la Madre de Dios en la Iglesia evangélica.»

De intento hemos omitido referirnos al Culto y Devoción que en las Iglesias cismáticas orientales se profesa constantemente a la Santísima Virgen María. Es un hecho conocidísimo; y es también una gran esperanza para la futura unión. Hasta en Rusia, como decía con palabras conmovedoras el Papa Pío XII en su Acto de Consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María, hay innumerables familias que tienen cuidadosamente escondidos sus «icones» o imágenes de la Virgen, en espera de tiempos mejores en los que la íntima veneración que tienen a la Madre de Dios, y con la que la invocan confiadamente, puedan profesarla en público.



¿ TRIUNFALISMO ?

Serpiente está escondida en la yerba.
«Latet anguis in herba».

(Virgilio.)

Hay palabras que tienen fortuna, y se ponen de moda. Tal es la palabra «triumfalismo».

Triunfar es quedar victorioso; triunfo es el acto solemne de la manifestación pública de una victoria; o el éxito feliz en un empeño dificultoso; y así, entrar en triunfo es ser recibido el vencedor entre aclamaciones y demostraciones públicas de gozo y de entusiasmo. Pero la palabra «triumfalismo» no está en el Diccionario de la Lengua Castellana; es palabra exótica, importada del extranjero, sin que haya obtenido carta de ciudadanía en nuestro idioma.

Y es palabra algo ambigua, no poco oscura. Cuando alguien la pronuncia, hay que ver, y casi adivinar, por el contexto, el tono y demás circunstancias, si se trata de una cosa digna de aprobación, de una cosa que no se ha de admitir, sino que se ha de rechazar. En este sentido la dicen, sin duda, los que refiriéndose a Jesucristo y a su Iglesia, dicen con aire y tono progresista, y mostrando manifiestamente su adverso sentir: «nada de triumfalismo», «cap triomfalisme», como lo oímos en una homilía, y nada menos que en la fiesta de Cristo-Rey. (!!!).

Pero apresurémonos a afirmar paladinamente que ese sentido peyorativo, con que se pronuncia la tal palabra, es un sentido desviado, por no decir, más propiamente, falso. Por lo menos siempre es una idea y una expresión muy propicia para engendrar confuisionismos.

Hay, en verdad, serio peligro de que este concepto, tal como lo entienden y lo expresan los contrarios

a todo triumfalismo de Cristo y de la Iglesia, entrafie, y por lo mismo difunda, un criterio contrario y del todo adverso al Reinado Social de Jesucristo, a su Soberanía social, al verdadero triunfo de El y de su Iglesia en la sociedad humana, ya familiar, ya civil, ya de cualquiera otra forma, durante la peregrinación de los hombres en la tierra. Un triunfo mal entendido, como lo entienden los que así hablan, un triumfalismo rechazado como cosa que no debe ser, que no se debe admitir, una cosa que no está en los planes de Dios, y que Dios mismo no la quiere, podría resucitar los errores que tanto comenzaron a cundir en el siglo pasado sobre relegar la vida de la Iglesia y las manifestaciones de la vida cristiana a sólo el recinto del templo, a las sacristías, como se decía con aire burlón, o, a lo más, a la intimidad del hogar. Ahora hemos *progresado* (?) todavía más; ahora hay quienes defienden y promueven un irenismo absurdo, una coexistencia tan pacífica con todos, que puedan los errores manifestarse y cundir por todas partes, y pueda la maldad manifestarse triunfante (aquí sí el «triumfalismo» admitido o respetado), sin que se deje sentir la autoridad de la Iglesia, ni el influjo salvador de Cristo, único Maestro y Rey divino, que vino a enseñarnos la verdad y a conducirnos por los caminos del bien y de la virtud, diciéndonos que la verdad nos hará libres.

Se impone, pues, la necesidad de aclarar conceptos, de deshacer equívocos. Lo procuraremos con las siguientes indicaciones.

LA CUESTION DE CRISTO Y SU IGLESIA

Nos referimos, claro está, a la victoria triunfal de Cristo y de su Iglesia en la tierra, conforme al plan de Dios; y para exponer con acierto esta cuestión, probaremos dos cosas: la realidad innegable de que

Cristo y la Iglesia han sido, son, y han de ser vencedores triunfalmente, aun en la tierra; y la naturaleza, o carácter, o sentido de esta victoria triunfal.

I. REALIDAD INNEGABLE DE UNA VICTORIA TRIUNFAL DE CRISTO Y DE SU IGLESIA

Ya al principio, tan pronto como se abatió sobre la tierra la oscura cerrazón de la noche del pecado, en el mismo paraíso terrenal, cuando la bondad misericordiosa de Dios anunció a nuestros primeros padres la futura liberación y redención, lo hizo haciendo brillar a sus ojos, en lontananza, una perpetua lucha y una plenísima victoria; la del Mesías en brazos de una Virgen Madre; el triunfo de la descendencia de la Mujer por excelencia, Cristo con María, sobre todo

el poder y todas las insidias de la serpiente infernal. Con razón se han llamado esas inefables palabras divinas de consoladora esperanza, el Protoevangelio.

Después, a lo largo de los siglos, por todo el Antiguo Testamento, sigue Dios manteniendo la gran esperanza de la victoria y del triunfo del Mesías y de su obra; y lo va esclareciendo y delineándolo todo más y más, por boca de los Profetas y en los Salmos.

a) Los oráculos de Isaías son sobremanera es-

pléndidos y convincentes. Nos presenta al Mesías como «Brazo de Dios», es decir: fortaleza de Dios y victoria contra sus enemigos. Oigamos unos breves pasajes, entre mil: «En aquel día extenderá el Señor su mano...; y levantará bandera, su bandera entre las naciones, y allegará los fugitivos de Israel, y los esparcidos de Judá de entre las cuatro partes del Mundo. Los enemigos de Judá perecerán, y volará contra los filisteos por la mar; cautivará a los hijos de Oriente; Edom le servirá, y Moab le será sujeto, y los hijos de Amón sus obedientes» (Is., 11). Y en el c. 41: «Pondrá ante sí en huida las gentes, perseguirá los reyes. Como polvo los hará su espada, como astilla arrojada su arco. Los perseguirá, y pasará en paz». Y en el c. 42: «El Señor como valiente saldrá; y como luchador despertará su valentía; guerreará y se esforzará sobre sus enemigos».

Lo mismo, aunque en diferentes formas, dice el gran Profeta en otros capítulos, que, referirlos, sería cosa de nunca acabar. Lo propio anuncian Joel, Amós y Miqueas; y de un modo singular Ezequiel, en aquella sublime visión, con que comienzan sus oráculos, y en la que nos presenta con vivos colores, con fulgor maravilloso, al futuro Mesías venciendo a un terrible enemigo, obteniendo sobre él un glorioso triunfo, y sentado sobre un trono de gloria, premio de su esclarecida victoria. (Ez., 49, 10).

Y ¿qué Profeta hay que no celebre cantando en diversos luminosos parajes las hazañas de este valeroso Rey, y su esclarecidísima victoria?

b) No menos la anuncian y la ensalzan los Salmos. Hablando propiamente David con Cristo, le dice: «Ciñe tu espada, poderosísimo, con tu hermosura y tu gentileza; sube en el caballo, y reina poderosamente, por tu verdad, por tu mansedumbre y tu justicia. Tu diestra te mostrará maravillas. Tus saetas agudas traspasarán los corazones de los enemigos del Rey; los pueblos caerán a tus pies». (Ps. 44); y en el Salmo 96: «El Señor reina; haga fiesta la tierra, alégrese las islas todas; nube y niebla en su derredor; justicia y juicio en el trono de su triunfo». Y ¡de qué manera tan clara y terminante se predice y se celebra lo mismo en otros Salmos Mesianicos, como el 2.º, el 109, el 71! No hay espacio para alegarlos y llenarlos de su esplendorosa luz.

Vengamos, pues, al Nuevo Testamento. Vino al mundo el Hijo de Dios, hecho Hombre, para fundar el Reino de Dios en la tierra; reino contra el de Satanás; y reino vencedor del de Satanás. Lo dijo el mismo Jesús, al anunciar la fundación de su Iglesia, que es el Reino de Dios en la tierra: «y todos los poderes del infierno no prevalecerán contra ella»; es decir, lucharán contra la Iglesia, mas no la abatirán, sino que serán vencidos por ella.

El mismo Jesús, aunque manso y humilde, aunque hecho Cordero de Dios que cargó sobre Sí los pecados del mundo, y se ofreció como Víctima para librarnos de ellos, ¿no nos declaró maravillosamente

en su gloriosa Resurrección cuán grande y definitivo había sido su victorioso triunfo sobre el Príncipe de este mundo, Satanás, y sobre el pecado, la muerte y el infierno? Poco antes de morir, dijo a sus Apóstoles: «Tened confianza; yo he vencido al mundo» (J., 16, 33). Aun refiriéndose a su misma muerte de Cruz, había dicho proféticamente: «Ahora es el juicio echado fuera. Y yo, cuando fuere levantado de la tierra, a todos atraeré hacia mí. Esto decía significando con cuál muerte había de morir» (Io., 12, 31-33).

No nos resistimos al deseo de presentar, como magnífico comentario a estas palabras de Cristo, un elocuente y brillante pasaje de San León Magno, que dice así: «Que nuestro entendimiento, al que ilumina el espíritu de la verdad, reciba con puro y libre corazón la gloria de la Cruz, que refulge en el cielo y en la tierra; y ver con su interior mirada qué significa lo que el Señor, al hablar de la inminencia de su pasión, dijo: ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, cuando fuere levantado de la tierra, atraeré hacia Mí mismo todas las cosas.

«¡Oh, admirable poder el de la Cruz; oh inefable gloria de la Pasión, en la que está el tribunal del Señor, el juicio del mundo y la potestad del Crucificado! Porque atrajiste, Señor, todas las cosas a Ti; y habiendo extendido todo el día tus manos hacia el pueblo que no creía y te contradecía, todo el mundo recibió el sentido de confesar tu Majestad. Atrajiste, Señor, todas las cosas a Ti, cuando en execración del crimen judaico, dieron todos los elementos su sentencia, ya que, oscurecidos los lumineros del cielo, y convertido el día en la noche, la tierra misma fue sacudida con inusitados movimientos, y todas las criaturas se negaron al uso de los impíos. Atrajiste, Señor, todas las cosas a Ti, porque, rasgado el velo del Templo, el lugar santísimo se apartó de los indignos pontífices; para que la figura se cambiase en verdad, la profecía en manifestación, y la ley mosaica en el Evangelio. Atrajiste, Señor, todas las cosas a Ti, a fin de que lo que en un solo templo de Judea se ocultaba en umbrátiles señales, lo celebrase con pleno y abierto sacramento, y en todas partes, la devoción de todas las naciones. Porque ahora es más esclarecido el orden de los sagrados ministros, más amplia la dignidad de los presbíteros, más sacrosanta la unción de los sacerdotes; es que tu Cruz es la fuente de todas las bendiciones, es la causa de todas las gracias; por la cual se da a los creyentes la fortaleza en vez de la debilidad, la gloria en vez del oprobio, la vida en vez de la muerte. Ahora también, habiendo cesado la variedad de los sacrificios carnales, la sola oblación de tu Cuerpo y Sangre, completa las diferencias de las antiguas víctimas; porque Tú eres el verdadero Cordero de Dios, que cargando sobre Ti los pecados del mundo, nos libras de ellos; y así cumples perfectamente en Ti todos los misterios, para que como hay un solo sacrificio que vale

por todas las víctimas, así haya un solo reino, formado de todas las gentes» (Serm. 8 de Pas. Dom.).

El mismo Padre Celestial, que en sus inescrutables designios quiso que nuestra plenísima y perfecta redención fuese por la humilde obediencia de su Divino Hijo, hecho hombre, y por su sacrificio, lleno de extremas ignominias y dolores, cuidó solícitamente de juntar con todo ello las manifestaciones más claras de lo que se agradaba en su amadísimo Hijo, y de la gloriosa victoria que en el mismo abatimiento reportaba. Así lo hizo desde el Nacimiento de Jesús, y varias veces en el curso de su vida, la cual terminó, en la tierra, con una Resurrección que con toda propiedad llamamos triunfante, y con una Ascensión a los cielos, que en verdad fue triunfal.

Pero, por el modo de hablar de los nuevos ingenios fautores del antitriunfalismo, no parece sino que ellos tal vez hubiesen aconsejado al Padre Celestial que cuando Jesús nació en el portal o cueva de Belén, lo hubiese dejado escondido sobre las pobres pajas del pesebre, y no hubiese enviado aquella luz celeste que inundó de claridad divina el valle de Belén, y circundó a los pastores, ni al Ángel anunciador de la buena nueva, ni al ejército de las milicias angélicas que cantaron el *Gloria in excelsis...*; ni hubiese hecho aparecer una estrella radiante en el

Oriente, ni encaminado a los Magos hacia el recién nacido Rey, para que le ofrendasen oro como a Rey, incienso como a Dios, y mirra como a Redentor por su muerte. Quizá también hubiesen desaconsejado al Padre Celestial lo que hizo en el Bautismo de Jesús; y al mismo Jesús su gloriosa Transfiguración en el Tabor, y su triunfal entrada en Jerusalén el domingo de Ramos, y su presencia victoriosa en la Iglesia a lo largo de casi veinte siglos. Bien se ve que no piensan como ellos el Padre Celestial y el Divino Salvador. Tampoco piensan como ellos los Sumos Pontífices de nuestra época, en consonancia con los de otros tiempos.

Si alguien quiere ver toda esta cuestión con ánimo sincero y sin prejuicios meramente subjetivos y de moda actual, puede leer en la inmortal obra de Fray Luis de León, «Los Nombres de Cristo», la maravillosa exposición del nombre «Brazo de Dios»; y también las dos obras magníficas del P. Enrique Ramière, «La Soberanía social de Jesucristo», y «Las esperanzas de la Iglesia»; como asimismo, entre otras excelentes obras, los dos tomos, densísimos de doctrina y de datos históricos, del P. Juan Mir y Noguera, «El triunfo social de la Iglesia Católica».

II. NATURALEZA DE ESTA VICTORIA TRIUNFAL DE CRISTO Y SU IGLESIA

Asentada ya, aunque con un esbozo tan breve e incompleto, la verdad de lo que es innegable verdad, es a saber: la victoria triunfal de Cristo y de su Iglesia, como plan pretendido providencialmente por Dios, y que se va realizando lentamente, como todo lo que es vital, en la sucesión de los siglos; se impone determinar con toda precisión y claridad la naturaleza, o carácter, o sentido de esa tal victoria y de ese triunfo. Y esto es lo que vamos a intentar hacer, reduciéndolo todo a estas tres afirmaciones: 1.^a, la victoria triunfal de Cristo y de su Iglesia no es ni puede ser de carácter material, terreno, mundano, con dominación política y fausto humano; 2.^a, es y debe ser enteramente espiritual, en orden a que los hombres consigan su último fin sobrenatural en el Reino de Dios, consumado en los cielos; 3.^a, pero siendo espiritual, en el reino de las almas, ha de ser visible, se ha de manifestar en lo exterior, por la irradiación luminosa y vivificante de la verdad de Cristo y de la gracia de Cristo, por sus efectos sensibles y palpables, como por fermento que ha transformado la masa; que tal es una de las más significativas parábolas del Divino Maestro, cuando quiso explicarnos lo que es su Reino espiritual en la Ciudad terrena.

a) Cuanto a lo primero y lo segundo, pues ambas cosas se han de exponer juntas, por el contraste entre ambas, hemos de rechazar todos de plano la falsa

interpretación de muchos israelitas a las predicciones del Antiguo Testamento, y de la que participaron algunos discípulos del Señor, antes que fuesen llenos del Espíritu Santo en Pentecostés. También hemos de estar muy lejos de pensar en cualquier triunfo temporal, al estilo de las naciones de la tierra con poderío de riquezas, de fuerza, de ostentación mundana. Bien claro lo dijo todo el mismo Jesucristo al presidente Poncio Pilato, al confesar paladinamente que era en verdad Rey, pero añadiendo: «mi Reino no es de este mundo» (Io., 18, 30). Es como si dijese: ya que mi Reino no tiene raíces en la tierra, tampoco da sus frutos en el orden material, ni los da exclusivamente en un lugar, con preterición de los otros; los he venida a esparcir generosamente en todas partes. Como mi Reino no es de este mundo, nada necesito de lo que el mundo estima y busca ansiosamente; para reinar no necesito de riquezas, ni de honores, ni de poderes, ni de sabios y artistas, ni de reyes o emperadores. Para mí todos los hombres de toda raza y condición estén en un plano de igualdad. No, no; de ninguna manera; mi Reino no es de este mundo; es espiritual, sobrenatural; es inmortal, eterno. Por eso, al reafirmarse Cristo en su posición, y decir a Pilato: «Sí, yo soy Rey» (Io., 18, 37), le asevera que su reino es reino de la verdad. Todos los afanes de Cristo fueron y siguen siendo dar a conocer y hacer amar a los hombres la verdad. Su

triunfo es que los hombres la acepten y vivan conforme a ella; como la victoria de los hombres será siempre su fe en Cristo, según después lo dijo San Juan: «y ésta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe» (1 Io., 5, 4).

Clara y compendiosamente expresó San Agustín ambas cosas, es decir, lo que no es y lo que es el reino y el triunfo de Cristo, diciendo: «No es Rey Cristo para exigir tributos, o armar ejércitos con hierro, a abatir visiblemente a enemigos; sino que es Rey para regir las almas, para mirar por sus bienes eternos, para llevar hasta el Reino de los cielos a los que creen, a los que esperan, a los que aman» (Tr. 51 in Io., 12-13).

Por consiguiente, cuantos más sean los hombres que vivan en la fe, en el amor, en la gracia de Cristo, perteneciendo a su Reino, que es su Iglesia, tanto mayor será el triunfo de Cristo y el de la Iglesia, continuadora de la obra de El. Y así, si en vez de ser los millones que ahora son los verdaderos discípulos y seguidores de Cristo, fuesen muchísimos más, si llegasen a ser todos los hombres los que en la verdadera Iglesia de Cristo viviesen encaminados rectamente hacia su último fin sobrenatural, y lo consiguiesen, sería plenísimo el triunfo de Cristo y de su Iglesia. Y ¿no hemos de desear este triunfo, no hemos de aspirar a él y suspirar por él; no hemos de cooperar a que se dilate y se consolide por toda la tierra?

b) Pero, en tercer lugar, hemos añadido, y hemos de defender briosamente que la victoria triunfal de Cristo y de su Iglesia, con ser de carácter, no terreno y mundano, sino espiritual y sobrenatural, se ha de manifestar en lo exterior, se ha de descubrir y revelar claramente por sus efectos, como la vida pujante de un árbol se muestra por su vigoroso crecimiento, por sus hojas, flores y frutos; y la vida sensitiva y racional se dan a conocer por sus actos, en bien del individuo y de la especie.

Por lo mismo hemos de aspirar a que vayan desapareciendo la ignorancia y los errores en lo que más afecta a la vida temporal y eterna de los hombres; y que en vez de esa ignorancia y esos errores, que tan insidiosamente esparce y fomenta el príncipe de este mundo, se vaya aceptando la verdad de Cristo, toda su verdad, que es la del Evangelio. Y también que en lugar de reinar el pecado y el vicio, reine la virtud cristiana, la que enseñó con su palabra y con su ejemplo el Divino Maestro, modelo juntamente de vida recta y santa. Si así sucede, y en la medida que así vaya sucediendo, más claramente se revelará en la vida individual, familiar y social que las ha penetrado el espíritu de Cristo. «Por sus frutos los conoceréis». Ciertamente que lo interior es lo principal, como el alma que vivifica al cuerpo; pero lo que hay dentro, se muestra por de fuera.

¿No fue verdadera y profunda la transformación del mundo antiguo, mundo pagano, por la predica-

ción de los Apóstoles, y en especial por la de San Pablo, con esclarecidísimo triunfo de Cristo y de su Iglesia? Y fue a la verdad evidentemente manifiesto. «Mirad cómo se aman», decían los gentiles, refiriéndose a la maravillosa caridad de los cristianos, que se les mostraba tan ostensible y admirable; y muchos abrazaban la fe cristiana, porque veían a las claras que inspiraba aquellos prodigios de caridad.

Notablemente grande y a todas luces patente la restauración católica en los siglos XVI y XVII, fruto victorioso del Concilio de Trento.

Y antes y después de él, ¡cuántos pueblos y ciudades, y aun regiones enteras cambiaron de faz, y se convirtieron de semipaganas en auténticamente cristianas por la acción fecunda y evidente de los grandes Santos, formadores de almas y de instituciones, y de los santos misioneros, transformadores de hombres y de pueblos! Entre mil y mil ejemplos, he ahí uno de época reciente, si bien en ambiente reducido. Había no hace muchos años en una región de España un pueblo tan minado por el comunismo ateo que era denominado en los contornos con el nombre de «la pequeña Rusia». Fue destinado a la desolada parroquia de aquel pueblo un joven sacerdote, fervoroso y celoso, que entró en la parroquia con inquebrantable fe en el poder de la fe y de la gracia de Cristo, y singularmente en la eficacia transformadora del culto y devoción al Sagrado Corazón de Jesús, del que era sincera y profundamente devotísimo; y con las armas espirituales de este culto y devoción, en no muchos años cambió de tal manera la paz y hasta el alma y el fondo de aquel pueblo, que el antes llamado «la pequeña Rusia», era después conocido en los alrededores con la apelación de «pequeña Ciudad del Vaticano». ¿No es eso un brillante triunfo de Cristo y de su Iglesia? Y ¿no hemos de aspirar con todas las veras de nuestra alma a que tales triunfos se repitan y se difundan; que sean centenares y millares los pueblos y las ciudades donde sean ganadas las almas para la vida genuinamente cristiana; que florezcan en las familias las virtudes de la Familia Sagrada; que el espíritu de Cristo penetre en las leyes e instituciones, en las ciencias y en las artes, en las manifestaciones todas de la ciudad terrena; en una palabra, que sea reconocido Cristo como único Maestro y Salvador, y se cuente con su Iglesia, depositaria de su verdad vivificadora, y continuadora de su obra de redención para libertar a los hombres y hacerlos hijos de Dios, y restaurar las familias y las sociedades humanas según el plan deseado por Dios? ¿Dónde está nuestro amor a Cristo y a su Iglesia si esto no deseamos, si no aspiramos a ello, si no ponemos todas nuestras fuerzas en contribuir, cada uno en su esfera de acción y según la medida de la gracia del Espíritu Santo, para que se vayan ganando de continuo y con triunfo de Cristo y de su Iglesia, nuevas victorias contra el príncipe de este mundo, de modo

que ya no reine el pecado y el vicio en las almas, en los hogares y en todo género de sociedades, sino que reine en todas ellas la verdad de Cristo, con sus vir-

tudes, su caridad unificadora y su paz?

Quien desee ver ampliado todo esto, puede consultar los autores y obras antes citados.

CONFIRMACION DE LO ANTEDICHO CON LA SAGRADA LITURGIA

Parece mentira que los adversarios del «triumfalismo», muchos de los cuales tienen siempre en sus labios y en sus manos la Liturgia, sean tan miopes en la vista de su alma, que no vean en la misma Liturgia todo lo contrario; y cómo ella les desaloja de sus posiciones engañosas, y muestra evidentemente el verdadero sentir con la Iglesia.

Ya la Liturgia multisecular, desde tiempos antiquísimos, nos hace vivir la victoria triunfal de Cristo. ¿Qué es todo el tiempo del Adviento sino un ardiente saludo continuado, una aclamación al Rey divino, que va a venir para luchar, vencer y triunfar? La celebración del humildísimo Nacimiento de Jesús comienza, en la Liturgia, con estas vibrantes palabras: «El Rey pacífico ha quedado engrandecido, cuyo rostro desea la tierra universal; ha quedado sublimado el Rey pacífico por encima de todos los reyes de toda la tierra». Y no digamos nada de la Liturgia de la Epifanía, que toda ella es regia y triunfal. Aun en el tiempo de Pasión resuena por doquier el himno «Vexilla Regis...»: Las banderas del Rey al aire ondean, resplandece el misterio de la Cruz... En el tiempo de Pascua celebramos la victoria definitiva de Cristo sobre el demonio, el pecado, la muerte y el infierno; y cantamos con la Liturgia: «El Caudillo de la vida —antes muerto, reina vivo»; «Tú, Rey vencedor, ten misericordia». Y finalmente en Pentecostés y en sus Dominicas subsiguientes nos lleva la Liturgia a desear, pedir y procurar eficazmente que el Espíritu Santo imprima y grabe en nuestros corazones su ley de caridad, para que se penetren en ella nuestras almas y nuestras costumbres, individual y socialmente, y así todas las cosas se vayan restaurando en Cristo; triunfe El en todos y en todas las cosas. Pues sintamos con la Iglesia en su Liturgia.

Pero hay tres festividades litúrgicas, establecida la primera de ellas en la Edad Media, y las otras dos en tiempos recientes, que son aptísimas singularmente para hacernos vivir, en unión de la Iglesia, el victorioso triunfo de Cristo; son la del Corpus Christi, la del Sagrado Corazón de Jesús, y la de Cristo Rey. No desde el comienzo de la Iglesia la del «Corpus», pues data del siglo XIII, y recientes, repito, las otras dos; pero ¿acaso el Espíritu Santo inspiraba y guiaba a la Iglesia de Cristo tan sólo en los tiempos primitivos de ella, y no siempre por lo tanto también ahora? ¿No decimos con toda propiedad que el Magisterio de la Iglesia es Magisterio vivo, y que no tan sólo nos enseña y transmite la verdad de la divina revelación, sino que nos da el genuino sentido de todas las verdades reveladas, y las aplica, bajo la luz y guía del Espíritu Santo, a las circunstancias y necesidades de

cada época? ¿Por qué, pues, hemos de estar conformes con la Iglesia en lo que instituyó y enseñó en los primeros siglos, y no en lo que enseña e instituye en los siglos modernos?

La misma Iglesia que estableció la conmemoración íntima de la Última Cena el Jueves Santo, quiso que con otra festividad, la del «Corpus», se celebrase públicamente el triunfo del Misterio Eucarístico, con todas las magnificencias, no sólo de la Liturgia, sino también, sirviéndola a ella, con las del arte en todas sus manifestaciones, y entre públicos regocijos. Sí, la celebración triunfal de la Eucaristía, no tan sólo en el recinto del templo, partiendo de la sacristía, sino también al aire libre, en calles y plazas, para que la ciudad terrena se santifique con la presencia real del que vino a santificarlo todo; para que el mismo Cristo repita ahora lo que hizo en su vida terrena, cuando «pasó y caminó haciendo bien y sanando todos los oprimidos del demonio» (Act. Ap., 10, 38), como dijo San Pedro al recordar lo que hizo Cristo al andar por las calles y plazas de Judea y de Galilea. También para que renueve Cristo entre nosotros su gloriosa entrada en Jerusalén, el Domingo de Ramos, y nos honremos todos a acompañarle, adornando las calles y las casas, llevando luminarias, cantando con música de alegría, celebrando su venida al mundo para salvarlo: «Bendito sea el que viene en nombre del Señor; sálvanos en las alturas»; y todo con la mayor pompa y honra exterior que se le pueda dar en la tierra. Quiere ciertamente el Padre Celestial premiar y compensar con las procesiones gloriosas del día del «Corpus», las estaciones dolorosas y afrentosas que anduvo su Divino Hijo en la noche y día de su Pasión por las calles y plazas de Jerusalén; y le recibamos y adoremos como a nuestro Dios y Redentor, deseando y pidiendo que por el fruto de su Pasión y Muerte sean iluminadas todas las almas para una vida cristiana en lo íntimo de la conciencia, en lo recogido del hogar, y en lo público de las actividades sociales, vivificadas por su Evangelio.

Y la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, ¿no es la del triunfo del amor de Cristo, de aquel amor inmenso, humano y divino, ardiente, operante y sacrificado, que es la clave y la explicación de toda la vida y de toda la obra de El, y es la causa de nuestra salud y salvación, la de todos y cada uno de los hombres, y de todo el mundo redimido por su amor? Es esa fiesta la ocasión más propicia, según los designios de la Iglesia, para que todos reconozcamos el amor de Cristo, y le correspondamos con nuestro amor; y de tal manera, que la fuerza de un amor

verdadero a Cristo, amor de correspondencia al suyo, sea la gran fuerza que nos mueva a pensar y a vivir en cristiano, que nos sostenga y nos dé la victoria en nuestras luchas por la vida eterna, y nos lleve a penetrar del espíritu de Cristo, que es espíritu de amor de caridad, todas nuestras actividades individuales, familiares y sociales; en una palabra, que también ahora y siempre, y en todo, triunfe el amor del Corazón de Cristo.

Finalmente, la fiesta de Cristo Rey, que es la que miran con menos simpatía, por no decir más de reojo, y con prejuicios y prevenciones, los de «nada de triunfalismo», ha sido establecida por la Iglesia, bajo la inspiración del Espíritu Santo, para que unidos todos en un solo corazón y una sola alma, celebremos los admirables designios de Dios, que «quiso restaurar todas las cosas en su Hijo queridísimo, Rey del universo»; y podamos, con la Iglesia, «que todas las familias de las gentes, disgregadas por la herida del pecado, se sometan a su suavísimo imperio» (Orac. de la Misa y Oficio). Y ¡de qué manera tan resuelta, y tan en consonancia con el Evangelio y con la doctrina de San Pablo y de todos los siglos cristianos, cantamos: «A Ti, oh Príncipe de los siglos, a Ti, oh Cristo, Rey de las gentes, te reconocemos como único árbitro de las mentes y de los corazones. Clamó la criminal turba: «no queremos que Cristo reine sobre nosotros»; pero nosotros, en ovación unánime, te aclamamos Rey supremo de todos. Oh Cristo, Príncipe que obras la paz: somete las mentes rebeldes; y a los que están desviados de tu amor, congré-

galos en un solo redil. Para esto pendes del árbol ensangrentado, con tus brazos extendidos; y nos muestras tu Corazón, traspasado por la cruel lanza, pero ardiendo en llamas de amor. Para esto te escondes en los altares, bajo las especies de pan y vino; derramando de tu pecho abierto la verdadera salud a los hijos de Dios. Que los jefes de las naciones te ensalcen con públicos honores; que te obsequien con su adhesión a Ti los maestros y los jueces; que las leyes y las artes te manifiesten. Brillen refulgentes las banderas de las naciones, dedicadas a Ti; y con cetro de amorosa y suave bondad somete a tu ley y a tu amor las patrias y las casas de los ciudadanos de la tierra».

Así piensa, así canta, así ora la Iglesia en su Sagrada Liturgia. No es la fiesta de Cristo Rey una fiesta *conceptual* como equivocadamente se ha dicho; no es una fiesta ajena al Evangelio, como con manifiesto error se ha repetido. Prefirió Pío XI, de inmortal memoria, que en vez de que fuese la fiesta «de la Realeza de Cristo», como algunos, los menos, opinaban, lo cual es algo en abstracto, fuese, muy en concreto, la fiesta «de Cristo Rey», la de su victorioso triunfo, el que hasta ahora ha obtenido, y el que la Iglesia desea, pide y espera que obtenga en lo sucesivo y en progresiva marcha, hasta que sea Cristo «todas las cosas y en todos» (Col., 3, 11), como lo deseaba ardientemente San Pablo. ¿No lo desearemos también nosotros, unidos a la Santa Madre Iglesia? Será ese el gran triunfo de Cristo.

COMENTARIOS DE ACTUALIDAD *(Viene de la pág. 191)*

eso es pura táctica comunista para ganar electorado en las próximas elecciones y que siguen siendo tan antidemocráticos como fueron siempre (lo que ellos no explican es porqué mantenían alianzas con aquellos que acusan de antidemócratas). Con todo este teatro, queda una duda en la cabeza del lector, que acaba no entendiendo lo que ocurre en la realidad y desinteresándose del asunto que nunca acaba de entender.

Relaciones con los países del Este. — Muchas naciones occidentales que han sufrido las catastróficas influencias en su territorio de los agentes soviéticos, mantie-

nen la prohibición de actuar legalmente a los partidos comunistas, pues saben que éstos obedecen a consignas de Moscú.

Sin mayores explicaciones, algunos de estos gobiernos inician inesperadamente relaciones diplomáticas o comerciales con países comunistas e incluso con la Rusia soviética, que coloca a sus agentes de la KGB con pasaporte diplomático.

Estas naciones no explican cómo la teórica justificación del intercambio comercial sólo beneficia a los países totalitarios rojos, desnivelando más aún la balanza comercial propia. Y tampoco explican cómo la conocida intervención

ideológica y subversiva de las embajadas comunistas no entra en contradicción con la prohibición de actuar legalmente a los agentes de ellas.

Es lógico que el lector poco prevenido, angustiado por tal cantidad de actitudes contradictorias, y sin encontrar en sus guías espirituales una sola palabra aclaratoria, sucumba en la indiferencia completa. ¿A quién beneficia esta indiferencia? No cabe duda de que a los propios comunistas, pues acaban no encontrando oposición. Entonces, se nos ocurre otra pregunta: ¿Quién promoverá toda esta enorme confusión?

(De la Información «Covadonga»)

AL MEDIO SIGLO

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

LVIII

CONSIDERACIONES SOBRE LA GRAN SUBVERSION Y LA NUEVA IDEA-FUERZA : CRISTO REY

Et Taenebrae factae sunt!

Tras de 58 artículos, nos hallamos, en plenos años veinte, que vemos ya prefigurar nuestros actuales años 70, ante los resultados trágicos de la marcha 1917 fue *el año vértice*. El punto supremo de la crisis: de esta falsa cúspide, arranca ya la bajada, cada vez más vertiginosa hacia el abismo. Tal es la conclusión que sacamos de nuestro tan largo estudio, que tanto agradecemos al paciente lector haya tan benigna como atentamente seguido.

Estamos, en realidad, ya desde los años veinte, bajo el dominio de las tinieblas. Quizá hoy ya podada de la humanidad: hemos podido ponderar como el mos decir que estamos en plena negrura, en total oscuridad.

Llevamos más de medio siglo —mucho más— «esperando llegue la Paz»— esta misma frase ya la pronunciaba en 1922 el grande Pío XI — «y la paz no ha llegado». Ni llegará. ¿Quién cree en ella?, humanamente hablando. Y el Mundo en perpetua expectación, sin luz de amanecer. Y, en todos los órdenes de la vida, desde hace cincuenta años, todo es desquicio.

En la base de todo, en Religión, asistimos, impotentes, a la descristianización total: el Laicismo, la desacralización han llegado ya a su meta. Llevamos décadas en las que ya no hay Fe. El hombre ha olvidado todo el sentido sobrenatural de su existencia. Solo materialismo como única creencia. Incluso se proclama: «Dios ha muerto». Primero se le discutieron sus divinos derechos sobre la Sociedad que le da su calidad de Creador. Luego se dudó de su existencia. Ahora se anuncia su muerte.

Se habla siempre de Libertad. ¿Dónde existe, en la Tierra? Se cacarea de Derechos humanos: dónde se conocen en verdad, y son respetados? Concordia social. ¿Es que ha cesado la lucha de clases? ¿Es que ha mejorado la concordia social con la elevación del nivel de vida? Todo. Todo se echa a la vez sobre el hombre, sobre el pobre hombre, abrumándolo.

Lo hemos visto ya en nuestros anteriores y largos artículos cuanto ahora resumimos, y cuanto lloremos.

La Técnica, ¿nos ha aportado una era de felicidad? ¡Si hemos llegado, hasta, a la Luna! El Mundo parece haberse hecho pequeño (aviación, radio, televisión). No hay distancias. Y, sin embargo, las hay mayores que nunca. La máquina, la técnica, además, no es la sirvienta del hombre: éste se ha convertido en su esclavo. El criador, de su criatura!

De la oración, que nos consolaba, confortaba y orientaba, hemos pasado (ya lo hemos visto) a la computadora.

Del arte, de la filosofía, del pensamiento, ya hemos hablado también, sobre todo en nuestros anteriores artículos. Los años veinte no hicieron más que prefigurar y anunciar nuestros años setenta.

En ellos, dentro de nuestras ciudades-masa, el hombre halla oprobio y agitación. Es verdad que parece hemos vencido la vieja dureza de la vida y la natura inhóspita dentro de ellas... pero a que precio, dentro de la selva del asfalto y del comercio? Que tiene de raro que el último refugio al que acudimos sea el de la psiquiatría?

Y siempre coronado todo con el espectro de la Guerra. Así, en mayúscula porque ya no cabe concebir guerras locales. Y la próxima futura Guerra nuclear, en una palabra. Que puede representar el aniquilamiento material de la Humanidad: cuyo símbolo y primicia fue el horrible y grotesco, trágico «hongo» de Hiroshima. Que nos dicen que hoy ya centuplica su primera potencial inaugural, de hace treinta años.

Y el hombre, perdido, eleva los brazos. ¡Quiere un salvador!

Y gime, y busca. Desde el hondo de su abismo, usando frases bíblicas, reclama un salvador, *un hombre*. Jamás la Humanidad ha estado tan sedienta de un hombre que le salve, que su indigencia infinita reclama. Pero llevamos muchos años sin hallar otra cosa que mitos.

Mas es la Humanidad entera la que sigue expectante en su espantosa soledad. Necesita un hombre, pero que, ante todo, tenga corazón. Solo un inmenso corazón de hombre, con capacidad de amor infi-

nita, pueda colmar al océano de amarguras. Miriadas. Miriadas de brazos hacia lo alto, implorando auxilio. Mas, ¿dónde hallar un corazón tan grande?

¡Si lo hallasen! Siquiera si lo conociesen, y supiesen que este corazón, no solo diagnostica su mal, sino que comprende a los malaventurados, ya sentiría un primer alivio. Como lo siente el enfermo que, aun y antes de su curación, sabe que, por lo menos, se ve conocido y se siente comprendido. Y es que tras el orgullo de tantos siglos de autosuficiencia, el hombre acaba, o ha de acabar, declarándose indigente, y sediento —todo lo contrario de hasta ahora—, de misericordia, de comprensión y de amor. Y todo esto solo se halla en un corazón.

Este pobre hombre de hoy, que se creyó dios, gime, busca y no halla. En nada, y menos en la política, en lo social, por más que parezca que jamás el hombre lo había sido tanto, tan comunitario, tan colectivista.

Y fue en estos años veinte, preuncio de los de ahora, en que Pío XI acogiéndose al infinito misericordioso corazón de Jesús, nos plantó ante nuestra indigencia abismal, el lábaro de Cristo Rey

Idea-fuerza salvadora: Sagrado Corazón de Jesús, Cristo Rey. Compendio, en frase feliz, DE TODA NUESTRA RELIGION!

Gustémoslos una y otra vez. Estos admirables misterios, no cansa repetirlos. En su día, en la primera Consumación de los Tiempos, al llegar la primera Plenitud de los mismos, Dios tuvo piedad del Hombre, caído en Adán. Y llegó —por esto la Historia cuenta «antes» y «después» de Cristo, y numera los años y siglos antes de su Venida con signo negativo, y con positivo los de después—, la Redención, aquella «Segunda Creación», más admirable aún que la primera, según proclama la Liturgia, singularmente en los gloriosos días de Pascua.

Dios había amado tanto al Mundo, que le mandó a su Hijo —¡oh Feliz Culpa!—, y para que no sólo fuésemos perdonados, sino elevados a los valores eternos e infinitos de una divinización, que no otra cosa es el Cielo que nos abrió Cristo en la Cruz. Dios concedía, por pura gracia, aquel estupendo e inverosímil prodigio que un día le prometiera, con mentira el Maligno: «seréis como dioses!!»

Y así, descendiendo del Cielo, tomando carne de la bendita María, la Virgen, su Madre, se hizo nuestro hermano. «Pertransit benefaciendo». Y fundó su Iglesia para continuar su obra en su propio Cuerpo Místico.

Pero «fue a los suyos, y éstos no le recibieron». Precisamente en esta no-recepción fundó su Sacrificio de la Cruz, de valor infinito, al ser perseguido y muerto, como los jornaleros que dieron muerte al hijo del Padre de Familias, su Dueño y bienhechor.

Mas todo este sublime conjunto es lo que llamamos Economía de la Redención.

Y nos dejó en su Memorial, en el Santo Sacrificio, su permanencia real y sacramental, continuando con nosotros, hasta la otra consumación de los siglos. Y constituidos en su Cuerpo Místico, haciéndonos «otros Cristos». «No soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí» es el sublime grito de Pablo. Y formamos parte de Aquél, y somos alimentados por la Eucaristía, vivificados en los Sacramentos por el Espíritu Santo, y repitiendo aquel triple divino conjuro de la Santa Misa: «Por Cristo, con El y en El!!!»

Esencialmente, su obra quedó acabada, dejándonos tan sólo la misión de completar lo que se dignó (como si pudiese faltar algo que añadir a sus propios infinitos méritos) dejar incompleto en su Pasión y Cuerpo, del que nos hizo parte, como de su Cuerpo Místico. Muy bien lo expresa el Apóstol, señalándonos nuestra posición y misión en éste. Para esto somos miembros de la Iglesia, su Esposa, nueva y mejor Eva, también surgida de su Costado infinitamente —el de este nuevo Adán— más amoroso.

Y Cristo, esto cumplido, subió a los Cielos, habiéndonos designado nuestro lugar. Pero ascendió a la Diestra del Padre con su Corazón humano, que sigue latiendo, sufriendo y sintiendo con su Iglesia, a la que prometió que las puertas del Infierno no prevalecerían contra ella. Por esto lenta, unas veces majestuosa, otras trabajosamente, la Iglesia fue avanzando, comenzando, desde las Catacumbas, como ínfima semilla, hasta convertirse en árbol con capacidad de «albergar todas las aves del cielo». Y así durante siglos, y a compás de la renovación del Santo Sacrificio diarios, ha ido prosiguiendo su labor...

Más ahora, casi a sus dos milenios de existencia, la infidelidad humana, el mal uso de la libertad, ha hecho realidad aquella impresionante pregunta del Salvador: «creéis que, cuando vuelva, el Hijo del Hombre hallará fe sobre la tierra?» Y así ha sido; desacralización, laicismo, la más repugnante inmoralidad, motines, sangre, guerras, tal es la herencia que acaba de recibir, y que se empeña aun en empeorar, el hombre de hoy, tan orgulloso y cacareado por fuera, como mísero e indigente por dentro.

Y aquí viene la natural angustia. ¿Va cediendo la obra, el paso divino de nuestro Salvador, tras dos milenios, en esta tierra? ¿Estamos otra vez como en el principio? A su modo, por analogía, podrá la voz irónica de los impíos reírse, gritándonos «Nulla est redemptio»? ¿Es que prevalecerán las puertas del Infierno?

* * *

No. Cristo, prometiéndonos la segura victoria final, nos lo dejó todo, en esencia, hecho, acabado y coronado, y la infusión de vida del Espíritu Santo

en Pentecostés, como lo prometiera, nos inundó de definitiva Gracia. Incluso el Ciclo de la Revelación queda cerrado con aquel inefable broche con que lo clausura, al fin del Apocalipsis, el Apóstol San Juan, que otra vez repetimos en la Eucaristía: «Ven, Señor Jesús»!!!. Ya, oficialmente, todo está revelado. Todo está hecho y acabado en la Economía de la Salvación.

Pero ha sido —trágico avatar de la libertad humana— potestad del albedrío humano el aceptar o no, o, por lo menos, frustrar en la parte que por desgracia ha podido, el fruto infinito de la Herencia de nuestro Redentor.

Apostasía del hombre de hoy

Mas también a esta apostasía, no ya solo con los medios oficiales, definitivos, ya insuperables de la Redención histórica de Cristo y de la Fundación de su Iglesia, y del cierre definitivo de su Ciclo Revelado, la Providencia, que aquí es el amor, la misericordia permanente y siempre renovada —espoleada, cada vez más, como mayor es la ingratitud humana— destinaba supletorios remedios. Y estos remedios no podían ser otra cosa que nuevas y también maravillosas gracias, para que el hombre pudiese volver sobre sí, y, arrepentido, aprovechar aquella Gracia de la Redención primero, aquella obra de dos mil años de la Iglesia después.

Remedios, por tanto, que no corresponden ni a nuevas Revelaciones oficiales, ni a una nueva venida personal de Cristo, ni a —en lo esencial— más de lo que ya nos dio con su vida, pasión y Resurrección humanas, que ya no podían ser más. Pero, una cosa es esto, y otra —y éste quizá es el secreto que la Providencia, apiadada, destinaba para el hombre prevaricador de hoy, aun y tan culpable— es que no pueda disponer las cosas en forma de que este hombre no pueda llegar, aún a *sentir, gustar, ver y entender mejor* los tesoros del Amor divino, que ahora nos llegan en nuevas y tiernísimas formas.

Llegaba el momento —que quizá sea, de otra parte, el que al contumaz orgullo humano le cueste más admitir, cuando, por lo contrario, es el más dulce—, de las Revelaciones privadas, en las que, sin revelar nada nuevo, digna, como hemos dicho, *hacernos palpar, sentir* palpitantemente cuanto ya nos tiene, desde hace veinte siglos, revelado sobre los secretos de su Amor. Intuyendo que algún día llegaría esto, en el remoto Medioevo, Santa Gertrudis interrogó, según reza piadosa tradición, a San Juan Evangelista, porqué razón no los había más explícitamente expuesto antes; la respuesta del Santo que conociera mejor los secretos del Amor divino fue ésta: que precisamente, la comunicación de estas últimas y supremas delicias, se reservaba para los últimos tiempos, precisamente para cuando la gran Apostasía los

hiciese más necesarios. O sea, como la deliciosa e inefable medicina fuego, capaz de encender y dar calor a los hielos que aporte la suprema lucha contra la Incredulidad y de la Irreligión.

¿Y, cuál ha sido todo este conjunto de inefables revelaciones y sentimientos, ya comunicados desde la Cruz, pero cuyo gusto y visión más explícitos se reservaban precisamente para ahora?

Peus esta grande, sublime verdad, razón, vida y esperanza:

¡Qué Dios tiene Corazón!

¡Oh Humanidad, oh hombres abrumados! «Venid a Mí, que Yo os aliviaré!!!» Hombres de este tremendo siglo xx, de las angustias, de las guerras, de las calamidades, de la era atómica, oh hombres: oíd, de nuevo, otra vez esto: Dios tiene Corazón!!

Y corazón como el vuestro capaz, no ya solo por Dios ni por gracia, sino también por naturaleza, de comprenderos como hermano.

No fue Pío XI en los años veinte quien lo proclamara primero. La primera había sido, allá en las últimas décadas del siglo xvii, a hacerlo, tras las apariciones de Paray, una humilde monja, casi despreciada y desoída. Los segundos fueron ya en legión, los cristianos que sintieron —al conjuro de la bendición de los Pontífices—, el valor de esta nueva y admirable gracia que llovía —«río que venía a alegar la Ciudad de Dios»— la Iglesia. Los terceros, la explosión de la Devoción al Corazón de Jesucristo que originó este santo movimiento personificado en el Apostolado de la Oración y quizá en el que para nosotros ha sido nuestro más adelantado y entrañable adalid: el Padre Ramière. Pero fue Pío XI, el Pontífice sobrenaturalista por excelencia que coronara esta grande, salvadora Devoción —calificada por los Vicarios de Cristo como quinta esencia y resumen de nuestra Religión, y asimismo, por boca inspirada, como «expresión del a Comunión de los Santos»— quien, mancomunando la Devoción al Corazón de Jesús con la reivindicación de los derechos soberanos, y su proclamación, de Cristo-Rey, plantara, osado e intrépido el lábaro, el estandarte salvador, el único que en estos tiempos puede ser el medio admirable e insospechado que a Providencia se reserva para salvar al Mundo en el momento álgido de su apostasía.

Y es que el día que la Humanidad toda descubra que Jesucristo, que Dios tiene Corazón, estará salvada.

El tema exigirá un próximo artículo. Acabemos éste, citando solo dos hechos evangélicos que expliquen como se movía Cristo por su Corazón:

Una vez, una multitud que preludiaba la de hoy, con su ingénita indigencia, en su hambre, ante Cristo, que la vio y comprendió, hizo exclamar a su Corazón: «¡Misereor super turbam! «...Y le dio pan.

(Sigue en página 184)

¡SI NO HICIERAIS PENITENCIA...!

¡Si no hiciéreis penitencia...!

FRAY ANTONIO DE LUGO, O. S. H.

Leyendo el Antiguo Testamento, especialmente los libros proféticos, se observa en ellos, una insistente llamada a la conversión. Aquellos hombres movidos por el Espíritu Santo, que habla por ellos, recuerdan al pueblo sus pecados y les enseñan el camino de su retorno a Dios. Su predicación no siempre es bien acogida, pese a que hablan en nombre de Yavé. La palabra «convertimini» (convertíos), aparece una y otra vez en los Libros Santos. Isaías, cual «voz que clama en el desierto: preparad los caminos del Señor, rectificad sus sendas» (Is. 40-3), no cesa de repetir, «que el impío abandone su camino, y el inicuo sus malos pensamientos, y que se vuelva a Dios, siempre dispuesto a perdonar...» El eco de las prédicas del profeta, se percibe todavía en la Iglesia, que con sus mismas palabras, nos anima a recorrer el áspero camino de la conversión a Dios, mediante una vida digna, sobria, justa. No menos potente es la voz de Ezequiel cuando clama: «Convertíos y haced penitencia de todas vuestras iniquidades...» (Ez. 18-30). Es, sin embargo el Profeta Joel, quien usando una expresión de marcado sabor oriental, nos propone una conversión, no tanto de cara a la ley externa, cuanto a una auténtica renovación interior, cuando clama con enérgica elocuencia: «Por eso, pues, ahora dice aun Yavé: Rasgad vuestros corazones y no vuestras vestiduras, y convertíos a Yavé, vuestro Dios, que es clemente y misericordioso...», (Jo. 2-12-13). La confianza en la bondad y misericordia de Dios, aparece con frecuencia en las tremendas advertencias proféticas; entre muchos testimonios, es suficiente el siguiente: «¿Es acaso, mi voluntad, la muerte del impío, dice el Señor Dios, y no, que se convierta de sus caminos, y viva? (Ez. 18-23)», o el no menos expresivo de Zacarías: «Convertíos a mí, dice el Señor de los ejércitos, y me convertiré a vosotros», (Za. 1-3-4).

Es Jesucristo, Señor nuestro, quien nos muestra claramente el camino de la verdadera conversión, por medio de la saludable penitencia. El divino Maestro habla de una renovación profunda que afecta a los

más íntimos estamentos del ser. No se trata de una norma ritual, externa, sino más bien, de una conversión que transforma a todo el hombre, pues nace de un corazón renovado por la compunción. «No mancha al hombre, lo que viene de fuera», afirmó Jesús, sino lo que «sale del interior del hombre», ya que de él proceden, los adulterios, los robos, las venganzas, odios y rencores, y todos los pecados que, proceden de un corazón dañado; son esas cosas las que manchan al hombre. Es necesario, pues volver a Dios, a fin de que, el equilibrio que, el pecado ha roto en nosotros, quede convenientemente restablecido. La verdadera conversión, solo por la penitencia se hace realidad; se desprende de la predicación de Jesús, que, sin lugar a dudas, habla de la necesidad de la penitencia. Así lo afirma el Evangelista San Marcos, que comienza su Evangelio, con las palabras de Jesús: «Arrepentíos y creed en el Evangelio» (Mc. 1-5). La conversión cristiana, es decir aquella que nos impone el Mensaje de Cristo, tiene un elemento fundamental interno, que debe inspirar cualquier manifestación externa de penitencia; sin espíritu de penitencia, no hay conversión posible. La palabra griega «metancia», empleada por maestros de vida espiritual y familiar a los santos y a cuantos se afanan en cultivar la vida sobrenatural, expresa exactamente el sentido cristiano de la conversión. De tal forma es necesaria la penitencia para volvernos a Dios, que la Iglesia, en la Constitución Apostólica «Paenitemini», del Papa Pablo VI, del año 1966, comienza estableciendo el siguiente principio: «Por ley divina, todos los fieles, están obligados a hacer penitencia», si bien es la Iglesia, quien interpretando fielmente dicho principio, dispone cómo y cuándo, se debe cumplir, por todos los hijos de la Iglesia; de tal forma nos urge a todos el deber de la penitencia por nuestros pecados, que en San Lucas, leemos: «Si no hiciérais penitencia, todos igualmente pereceréis» (Lc. 13-5).

En dos planos o niveles distintos, podemos citar la penitencia, cristiana, si de veras buscamos la re-

(Viene de la página 183)

Y otro entre otros... En los peligros. El dormía. ¡Poco podían contra El los elementos! Pero la barca, sacudida por las olas, estaba a punto de zozobrar. «¡Salvadnos, Señor, que perecemos!» Y El no tuvo más que alzar la mano, con gesto de imperio, para apaciguar los elementos!

¡Señor, tenemos hambre! ¡Somos indigentes! Y tocamos su Corazón. Y Este se apiada. Y brota el

alimento. ¡Señor, nos vamos al abismo! Y El no tiene más que extender la mano en gesto de mando, o tenderla a Pedro vacilante para que no se hunda dentro las olas...

Con la ayuda de Dios seguiremos gustando estos temas.

LUIS CREUS VIDAL

novación del hombre y de la sociedad. El primer plano o nivel, es el personal. El hombre pecador debe expiar sus pecados, si aspira a conseguir la auténtica conversión a Dios, ya que, el pecado es primariamente una ofensa a Dios. Por el pecado, el hombre «se aparta libremente de Dios»; es clásica la definición de pecado: «transgresión de la ley divina». El pecado es, además, el «mysterium iniquitatis», que ha trastornado la vida de la humanidad, ya desde sus comienzos; misterio tremendo, y causa última de todos los males que nos aquejan. La misericordia del Señor con el pecador arrepentido, es infinita. Son muchos los textos que se pueden aducir así del Antiguo como del Nuevo Testamento. Como muestra, basta citar unas palabras del Libro de la Sabiduría que dicen: «Pero tienes piedad de todos, porque todo lo puedes, y disimulas los pecados de los hombres, para traerlos a penitencia, pues amas todo cuanto existe, y nada aborreces de lo que has hecho» (Sab. 11-24-25). Es en los Santos Evangelios, que contienen las palabras y los hechos de Jesús, donde encontramos las más consoladoras esperanzas para el pecador. El divino Maestro, con palabras claras, no menos que a través de bellísimas parábolas, nos habla de la misericordia de Dios para con los pecadores que, arrepentidos de sus yerros, se convierten a El, por la penitencia. Las parábolas del Hijo pródigo; la de la oveja y la dracma perdidas; la escena de la mujer adúltera; de la Magdalena, etc., son bien elocuentes, y han despertado en los cristianos, nobles y profundos sentimientos de penitencia. Las lágrimas saludables de compunción, a las que, el Señor ha prometido consuelo, ya en esta vida, y que son expresión de un corazón arrepentido, atraen del Señor eficaces gracias de conversión interior, es decir de auténtica «metanoia». Podemos leer en San Lucas, unas palabras que consuelan el corazón y lo abren a la esperanza: «Así, os digo, es motivo de gozo para los ángeles de Dios, un solo pecador que haga penitencia» (Lc. 15-10).

En el plano personal, la penitencia presenta una doble vertiente. La primera y más principal, es una actitud de alma, frente al pecado, como ofensa de Dios; actitud de repudio y aborrecimiento; de dolor sincero y profundo que nos mueve a huir de aquello que conduce de nuevo, a ofender a Dios; actitud decidida de rectificación y conversión a una vida mejor, tal cual la quiere el Señor, es decir, «santa e inmaculada, a impulsos de la caridad» (Ef. 1-4). Esta actitud del alma, afecta a todo el hombre, y purifica el entendimiento, la voluntad y el corazón; no se trata de un acto pasajero, inconsistente, sino más bien de una decisión seria, totalizante, adoptada a impulsos de una gracia que se nos da, y que si bien, este auxilio divino es transitorio, los efectos que produce en el alma del hombre, que lo recibe con gratitud y generosidad, son bien apreciables. Es el comienzo de una conversión a Dios, capaz de marcar

un nuevo rumbo a la vida. La humilde oración, conseguirá nuevos auxilios para perseverar en el bien comenzado. La otra vertiente de nuestra vida penitencial, es externa, pero debe estar informada del espíritu de compunción, si no queremos que nuestras penitencias se queden en meras exterioridades, cuando no, en alimento oculto, del orgullo y la vanidad. Son laudables, sin duda, y necesarios, los actos externos de penitencia, sobre todo cuando proceden de un corazón constricto, de un alma seriamente convertida, o cuando se practican para conseguir el espíritu de penitencia, a todos necesario. La prudencia, no según la carne que es enemiga de Dios, sino la prudencia del espíritu, que es una virtud moral, debe moderar nuestras ansias penitenciales. A través del Don de consejo, el Espíritu Santo, perfeccionará nuestra prudencia, a fin de que nuestras prácticas penitenciales, sean gratas a Dios, y provechosas a nuestra alma. La vida tiene, sin duda, un sentido penitencial que, con la ayuda del Señor, podemos y debemos descubrir; aceptemos pues, cuanto de penoso nos sale al encuentro, con corazón magnánimo, con espíritu esforzado, mirando siempre a lo Alto, uniendo nuestros sufrimientos a Cristo paciente; no es preciso tener una salud a toda prueba, y menos aun ir a la caza de tormentos físicos. Los sufrimientos físicos y morales, que la vida prodiga a diario y a cada uno, nos brindan magníficas ocasiones de ejercitar la penitencia, poniendo buena cara a tales contratiempos, y así recibirlos con paz y sosiego de alma, aunque el cuerpo haya de pagar su tributo de dolor, en reparación del pecado. También las obras afflictivas que maceran nuestra carne, practicadas con discreción, de forma que no dañen la salud, a la vez que fortalecen el alma y elevan la mente, contribuyen a crear en nosotros, un estilo penitencial de vida, si bien, no debemos esclavizarnos a ellas, como si, solo en eso consistiera la verdadera penitencia que conduce a la renovación evangélica.

La penitencia cristiana, alimenta en nosotros el fuego de la caridad, la cual a su vez, da consistencia y valor a nuestra renuncia y abnegación. El amor a Dios, arroja en nosotros la semilla de la conversión, que es la penitencia y además nos dispone a un mejor servicio a los hermanos, precisamente porque amamos a Dios. La penitencia que nos cierra sobre nosotros mismos, y nos hace indiferentes a las necesidades de los otros, no es grata al Señor, Quien por el Profeta Isaías dice: «¿Es acaso así, el ayuno que yo escogí, el día en que el hombre se mortifica? ¿Encorvar la cabeza como un junco, y acostarse con saco y ceniza? ¿A eso llamáis ayuno y día agradable a Yavé? ¿Sabéis qué ayuno quiero Yo? Dice el Señor Yavé: Romper las ataduras de iniquidad, deshacer los haces apesores, dejar libres a los oprimidos, y quebrantar todo yugo; partir tu pan con el hambriento; albergar al pobre sin abrigo; vestir al desnudo, y no volver tu rostro ante tu hermano»

(Is. 58-5-8). No menos exigente se muestra el Señor por el Apóstol Santiago, donde dice: «Religión pura e inmaculada a los ojos del que es Dios y Padre, ésta es: asistir a los huérfanos y viudas en su tribulación y conservarse a sí mismo incontaminado del mundo» (Sant. 1-27). Por lo mismo que la penitencia nos purifica del pecado, nos dispone a las obras de misericordia, que son más gratas a Dios, cuando proceden de un corazón puro, a la vez que nuestros hermanos necesitados sienten en sí mismos, los efectos de nuestra conversión. También la limosna, y desde luego la oración, que brotan como de su fuente, de un corazón «contrito y humillado», como afirma el salmista, el Señor, jamás desprecia.

No menos necesaria es la penitencia, en el plano social o colectivo, Las sociedades o grupos humanos; también se apartan de Dios colectivamente. Existen sin duda, pecados sociales; no es solamente la opresión injusta, política o económica, lo que constituye el pecado social; es uno más, entre otros. La raíz del pecado social, la causa de las lacras morales que afligen a la sociedad humana, es el apartamiento de Dios; el olvido de Dios; el desprecio de Dios; hasta llegar al odio formal a Dios, pecado horrible y verdaderamente satánico. Es garantía de prosperidad y progreso para los pueblos, incluso en el orden temporal, el respeto a la Ley santa de Dios, y el que sobre ella se fundamente el ordenamiento legal de la sociedad. Si, como por desgracia ocurre, la sociedad humana, o alguno de sus grupos, llamase nación, continente, región, etc., etc., pretende construir un nuevo orden social, sin referencia a Dios, tarde o temprano, experimentará, lo estamos experimentando, las funestas consecuencias que ello trae consigo. La sociedad como tal, si así procede cae en el pecado social o colectivo, en el que todos, en más o en menos, tenemos alguna parte. La reparación ha de ser también a nivel colectivo, pero no es así, cuando la misma sociedad se ha apartado de Dios, y decretado su muerte. El hombre de hoy, dicen, no necesita de Dios; se basta a sí mismo... La idea de Dios, propia de civilizaciones atrasadas, ha sido ya superada. Se trata de un auténtico reto a Dios, y por tanto de un gran pecado de soberbia, causa de todos los demás pecados sociales. Quienes, gracias a Dios, tenemos fe, y sabemos valorar la oración y la penitencia, debemos, por amor al Señor primero, y también movidos por un sentimiento de solidaridad para con nuestros hermanos, reparar un pecado tan grave, a fin de que, la respuesta de Dios, a la jactanciosa actitud del hombre, se convierta en lluvia de gracias de perdón, de misericordia, y por lo mismo de auténtica conversión. Solo la vuelta a Dios masiva, traerá la paz, el sosiego, y la prosperidad a la humanidad, abatida por el peso de sus pecados. ¿Cómo contemplar sin dolor, la triste situación de tantos pueblos que fundamentan su ordenamiento legal, no de acuerdo con la Ley de Dios, sino legalizando la ley del pecado? Siguiendo unos el ejemplo de otros, cada

día es mayor el número de países en que se camina hacia el caos; no se puede negar la influencia de fuerzas poderosas y ocultas, cuyos fines son de sobra conocidos. A nosotros católicos, toca, orar y unir a la oración, la penitencia, no solo por nuestros propios pecados, sino también, por los pecados de la sociedad humana en general, y de aquella, más reducida, en que vivimos.

Por la Escritura Santa, sabemos cuanto poder tiene ante Dios, la oración y el sacrificio del justo; el Apóstol Santiago, afirma: «Mucha fuerza tiene la plegaria del justo hecha con fervor» (Sant. 5-16). La oración hecha con fe, con humilde constancia, siempre es bien acogida por el Señor, que prometió escuchar nuestras súplicas. En el capítulo 18 del Libro del Génesis, se describe como Abraham intercede en favor de Sodoma y Gomorra, y como el Señor le dice: «Si hallare en Sodoma cincuenta justos, perdonaría por ellos a todo el lugar». En su conversión con Dios, Abraham, sigue intercediendo y bajando el número de los justos hasta llegar a diez, a lo que el Señor le responde: «Por los diez, no la destruiría» (Gen. 18-26-32). Nuestro Señor Jesucristo, nos exhorta a pedir en su nombre, y nos asegura de que seremos oídos. El amor a los hombres, debe ser para nosotros un fuerte estímulo que nos mueva no solo a orar, sino también a ofrecer al Señor sacrificios que le son gratos, y ninguno tanto, como una vida ajustada a su divina Voluntad; un corazón renovado por la penitencia, purificado por las lágrimas de compunción, es siempre sacrificio aceptable, según aquellas palabras del salmista: «Mi sacrificio, Oh Dios, es un espíritu contrito. Un corazón contrito y humillado, Oh Dios, no lo desprecias» (Sal. 50-19).

Hay un motivo más noble y elevado que nos invita a la penitencia, y es la imitación de Cristo paciente. «La participación en sus penas», hasta la «configuración de su Muerte», ha sido siempre un programa de vida cristiana, que ha ejercido gran atractivo entre las almas generosas, que desean seguirle a El, mediante la «propia abnegación y cargados con su Cruz de cada día», como el mismo Señor, aconseja a quienes desean caminar en pos de El. Podemos de alguna manera contribuir a que alcancen a todos, los abundantes frutos la Redención. El amor a Jesús, es el móvil poderoso para muchos corazones que, a cualquier precio desean asemejarse al divino modelo, pisando sus mismas huellas. La inmolación fundada en el más puro amor, adquiere así toda su grandeza, y de ello se sigue, mucha gloria para Dios, y mucho bien para la Iglesia a la vez que, toda la humanidad se sentirá aliviada, por la oración y el sacrificio de unos hombres, que han aprendido a amar a sus hermanos en las entrañas de Jesucristo. Terminemos recordando la conmovedora acogida que los ninivitas hicieron a la predicación del profeta Jonás, y como el Señor, movido a misericordia por su penitencia, perdonó a la ciudad pecadora.

SAN JOSE Y EL TRABAJO

ALOCUCION DEL PAPA JUAN XXIII

EL 1 DE MAYO DE 1960

La rehabilitación del trabajo

Por el pecado original el hombre fue obligado a trabajar penosamente para comer, vestir y satisfacer sus necesidades, pero Cristo al redimirnos, rehabilitó también al trabajo, de forma que éste que se impuso como expiación y castigo del hombre se transformó en su gloria y su bienestar.

«Reconoce, pueblo obrero, donde está tu verdadera dignidad y la gloria de tus humildes profesiones. Desde entonces el sudor que corona tu frente cansada es tan glorioso como la diadema de los reyes; el honrado cantar con que acompañas y endulzas la fatigosa tarea sube al cielo tan grato a Dios como la salmodia del monje que día y noche le rinde místicas alabanzas. Le es música armoniosa el rumor de las máquinas; le es aromoso incienso el humo de tus chimeneas; son himnos y plegarias a su gloria dirigidos los ecos de la granja y del taller. Razas enteras de santos han ganado en estos humildes pero gloriosos combates sus palmas y sus coronas; el Juez Divino desde entonces ha hecho sentar en magníficos tronos de luz a cientos y a miles los bienhadados hijos del jornal. Y al lado de María Virgen comparte uno de los más encumbrados José, el pobre carpintero de Nazareth, el príncipe de esta aristocracia, el tipo de oscuro trabajador enaltecido y glorificado.»

Este precioso texto del libro de piedad «Devotos de San José» de Sardá y Salvany escrito a finales del pasado siglo puede servir de prólogo a la bellísima exaltación del trabajo y del más humilde de los obreros, San José, hecha por el Papa Juan XXIII en una alocución el día primero de mayo de 1960.

La Iglesia y el trabajo

Por segunda vez en el decurso del Año Litúrgico, presenta la Iglesia a la veneración de los fieles a su Patrono Universal.

Hoy se presenta San José en su aspecto característico de humilde artesano, de obrero.

Es por ello natural que nuestro pensamiento se dirija a cada una de las regiones y ciudades en que se desenvuelve la vida de todos los días: las casas, las escuelas, las oficinas, los mercados, las fábricas, los despachos, los laboratorios, a todos los lugares santificados por el trabajo intelectual o manual, en las varias y nobles formas que reviste según la fuerza y capacidad de cada una. Pensamos en las familias de todos vosotros que Nos escucháis, especialmente aquellas que se someten con docilidad a los designios de la Providencia, o que ocultan, temblando, un dolor, una enfermedad, una prueba. Y sobre todos estos lugares Nuestro corazón gusta en representarse, fraternalmente inclinado sobre las fatigas y las penas de cada uno, la imagen serena del custodio de Jesús, y esposo purísimo de la santa Virgen para bendecir, alentar, socorrer y confortar.

Muy consolador es pensar que, con su ayuda, cada familia cristiana dedicada al trabajo puede reflejar fielmente el ejemplo y la imagen de la Sagrada Familia de Nazareth, en la cual la constante laboriosidad, aún entre las dificultades de la vida, estuvo unida con el más ardiente amor a Dios y con la generosa adaptación a sus amables designios.

Este es, en el fondo, el significado de la fiesta de hoy. Presentando el ejemplo de San José a todos los hombres, que en la ley del trabajo en-

cuentran marcada su condición de vida, la Iglesia procura llamarles a considerar su gran dignidad y les invita a convertir su actividad en un poderoso medio de perfeccionamiento personal y de mérito eterno.

El trabajo es, en verdad, una alta misión: es para el hombre como una colaboración inteligente y efectiva con Dios Creador, del cual ha recibido los bienes de la tierra para cultivarlos y hacerlos prosperar. Todo lo que para él es fatiga y dura conquista pertenece al designio redentor de Dios que, habiendo salvado al mundo mediante el amor y los dolores de su Hijo Unigénito, convierte los sufrimientos humanos en precioso instrumento de santificación cuando se unen a los de Cristo.

¡Cuánta luz proyecta sobre esta verdad el ejemplo de Nazareth, donde el trabajo fue aceptado gustosamente como un cumplimiento de la voluntad divina! ¡Y qué grandeza adquiere la figura silenciosa y oculta de San José por el espíritu con que cumplió la misión que le fue confiada por Dios! Pues la verdadera dignidad del hombre no se mide por el oropel de los resultados llamativos, sino por las disposiciones interiores de orden y de buena voluntad.

Queridos hijos e hijas: Mirad pues, en este esplendor que proviene del celestial modelo, cual debe ser la actitud y la disposición con que debe ir sellado el trabajo, que es peso y honor de la vida de cada hombre. Erradas ideologías, que exaltan por un lado la libertad desenfrenada y por otro la supresión de la personalidad, intentan despojar de su grandeza al trabajador reduciéndola a instrumento de lucha y discordia, enfrentando entre sí las diversas clases sociales; inténtase, por último, separar a las masas trabajadoras de aquel Dios que es el único protector y defensor de los humildes y de quien recibimos la vida, el movimiento y la existencia, como si la condición de los trabajadores haya de eximirles del deber de conocerle, de honrarle y servirle. Lloro Nuestro corazón cuando considera que tantos hijos nuestros, honestos y rectos, hayan podido dejarse arrastrar por esas teorías olvidando que en el Evangelio ilustrado en los documentos sociales del Pontificado Romano, está la norma para la solución de todos los problemas; está el ansia de las nuevas reformas unida al respeto de los valores fundamentales.

Queridos hijos e hijas: Mirad confiados las rutas que se abren en vuestro camino. La Iglesia cuenta con vosotros para difundir desde el campo del trabajo la doctrina y la paz de Cristo. Sea siempre el trabajo para vosotros una noble misión, en la que solo Dios pueda ser inspirador y premio. Reine en las relaciones recíprocas de la vida social la verdadera caridad, el respeto mutuo, el deseo de colaboración, un clima familiar y fraterno según las luminosas enseñanzas de la Epístola de San Pablo a los Colosenses, leídas en la misa de hoy: «Cualquier cosa que podáis decir o hacer, que sea siempre en nombre del Señor Jesús, dando por Él gracias a Dios Padre. Cualquiera que sea vuestro trabajo, hacedlo con toda el alma, como para el Señor, y no para los hombres, sabiendo que el Señor os recompensará haciéndoos sus herederos. Servís a Cristo Señor».

Los trabajadores saben que la Iglesia les sigue maternalmente con vivo y solícito afecto; se mantiene, sobre todo, cerca de los que cumplen en la oscuridad trabajos ingratos y pesados que los otros no conocen o no estiman debidamente; se preocupa del que no cuenta con una ocupación estable y está expuesto a los interrogantes angustiosos por el futuro de la familia que aumenta; está cerca de los que la desventura o la enfermedad en el trabajo probó dolorosamente. Por Nuestra parte no perderemos ocasión para invitar a todos los que tengan responsabilidad de poder o de medios, para que se apliquen a fin de que os sean garantizadas condiciones cada vez mejores de vida y de trabajo, y especialmente para que a todos se asegure el derecho a una ocupación estable y digna. Y firmemente confiamos que se sabrán comprender, con sensibilidad cada vez más solícita las penas de los trabajadores; que se vaya espontáneamente al encuentro de sus legítimas aspiraciones de hombres libres, criados a imagen y semejanza de Dios; y que se procure aliviar sus ansias espirituales de justicia y caridad, y de leal colaboración en el respeto mutuo de los correlativos derechos y deberes.

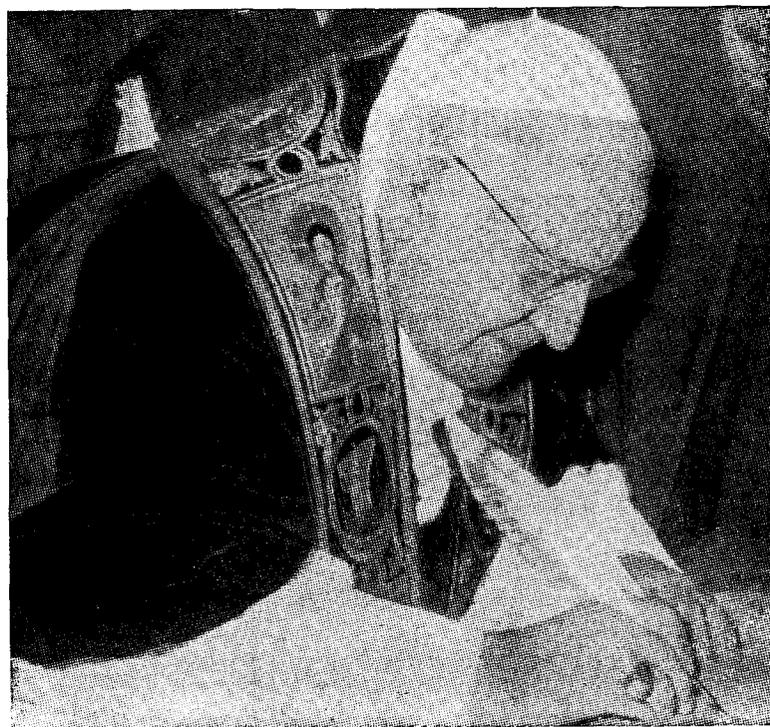
Sin embargo, los esfuerzos, los más generosos, poco podrán aprovechar sin el auxilio divino; por eso os invitamos a elevar en este día fervorosas súplicas al Señor para que su protección, por intercesión de San José, acompañe y fortalezca vuestros esfuerzos y cumpla vuestros deseos.

ORACION PRONUNCIADA POR SU SANTIDAD JUAN XXIII, DESPUES DE SU ALOCUCION DEL DIA 1 DE MAYO DE 1960

Oh San José, Custodio de Jesús, Esposo castísimo de María que consumiste tu vida en el cumplimiento perfecto del deber, sustentando con el trabajo de tus manos a la Sagrada Familia de Nazareth; protege benigno a quienes confiadamente se dirigen a ti, Tú conoces sus aspiraciones, sus angustias, sus esperanzas y a ti recurren porque saben que encontrarán en ti quien les comprenda y proteja. También tú experimentaste la prueba, la fatiga, el agotamiento, pero también en medio de las preocupaciones de la vida material, tu ánimo, lleno de la más profunda paz, exultó de alegría inenarrable por la intimidad con el Hijo de Dios a ti confiado y con María su dulcísima Madre. Haz también que tus protegidos comprendan que no están solos en su trabajo, sino que sepan ver a Jesús junto a ellos, acogerlos con la gracia y

protegerlos fielmente, como tú lo hiciste. Y obtengan que en cada familia, en cada oficina, en cada laboratorio, doquier trabaje un cristiano, sea todo santificado por la caridad, por la paciencia, por la justicia, por la prosecución del bien obrar, para que desciendan abundantes los dones de la celestial predilección.

Queridos hijos e hijas: con esta oración invocamos sobre todos vosotros la continua asistencia del Señor, y para que la fiesta de hoy encuentre en todos los corazones fervorosa correspondencia de concordia y de santos propósitos, de buen grado saludamos a vuestras personas, a la familia de cada uno de vosotros, los locales de vuestra labor diaria con una particular y confortadora Bendición Apostólica, a fin de que en todos y siempre se cumpla la voluntad del Señor.





COMENTARIOS DE ACTUALIDAD

Hacia la dictadura de la desinformación

A medida que pasan los tristes y confusos días que estamos viendo, nos vamos «conociendo» todos más «claramente». Así ocurre con cierta prensa —mejor diríamos con ciertas organizaciones de periodistas— que clama continuamente por la libertad de expresión y exige que su voz sea la única oída por las «altas autoridades» y que el pueblo la considere su «portavoz oficial». Todo ello amparado en el más estricto «secreto profesional».

Disponiendo de abundante materia publicitaria, de maquinaria empresarial y de productos utilizados por la nueva tecnocracia social, cuyo alto coste —«digitalmente» aumentado por el socializante y desproporcionado impuesto de lujo— no los hace asequibles al pueblo llano, esta prensa ya comienza a mostrar de qué libertad y de qué expresión nos hablan.

«Reina cierto descontento en las cancillerías europeas», «diversas fuentes cercanas a las embajadas europeas confirmaron la sorpresa», «en estos mismos círculos», «añaden estas fuentes», «para estas fuentes», «informadores cercanos a la presidencia francesa co-

mentaron», etc., etc. Como se puede observar, es todo un ejemplo de «objetividad»... y de «libertad». (Expresiones tomadas de un semanario español de gran tirada.)

¿Cuáles son las cancillerías? ¿Cuáles son esas fuentes, quiénes son sus portavoces? ¿Cómo se llaman? ¿Qué embajadas? ¿Son todas o sólo dos? Si confirmaron, ¿desde cuándo dudaban? ¿Qué círculos, qué fuentes, qué informadores?, etc., etc.

Entretanto, ¿qué libertad de expresión —«expresión» identificada con oscuridad y confusión— es ésa? ¿Eso es objetividad? No. Eso es una auténtica acción psicológica para producir una especie de «lavado de cerebro» de la opinión pública española a través del confusiónismo ideológico y de la presión moral que tales noticias tienden a producir. Nos parece que esto es a lo que se refería el Vicepresidente Primero del Gobierno, Teniente General D. Fernando de Santiago y Díaz de Mendivil en su conferencia pronunciada con ocasión del XII aniversario de la creación del CESEDEN («ABC», 24-II-1976.)

Con base en fuentes tan «conocidas» y de tanta «confianza» se monta toda una campaña de presiones de cúpula para forzar las

reformas revolucionarias, que la casi totalidad del pueblo no desea. Y se justifican luego tales medidas por las continuas presiones «europeizantes» de tan altas —y «desconocidas»— personalidades.

Alemania

En elecciones regionales celebradas el domingo 4 de abril en Baden-Wuerttemberg, el CDU, democracia cristiana alemana, ha obtenido un nuevo éxito frente a los socialdemócratas y liberales. El diario que refleja el pensamiento de la DC española destaca en su primera página de tipografía tan importante éxito («YA», 6-IV-1976). Lo que no nos informa el «YA» es que tal aumento de votos se debe a las actitudes anticomunistas y *antioستpolitik* que la DC alemana viene tomando, bien contrarias a las adoptadas por Ruiz Giménez y Gil Robles en sus teatrales congresos de El Escorial y Segovia (el mismo «YA» del día 6-IV).

Mientras el electorado anticomunista alemán vota en el CDU, líderes de este partido han aprobado, junto con socialdemócratas y liberales, en el mes de abril, diversas reformas empresariales imponiendo la autogestión socializante e igualitaria, atentando de esta forma contra la propiedad privada y preparando el camino para una economía estatizante, que conduzca a un régimen comunista. (Recordamos aquí las reformas socializantes del gobierno demócrata cristiano de Frei, el *Kerensky Chileno*, que tan bien prepararon el ascenso al poder del marxista Allende.)

Esta política camaleónica de la Internacional Democracia Cristiana queda aún más de manifiesto al ver que ahora el PDC peruano, que tanto apoyó a Velasco Alva-

rado en su política pro-rusa, se ha manifestado a favor de la libre empresa y de la devolución a particulares de empresas confiscadas, con la intención de sanear un poco la maltrecha economía de aquel país hispano-americano. Y critican también la «*confusión y la incerteza ideológica debida a la acción de pequeños, pero agresivos y engrosados grupos marxistas y neo-marxistas*». Un refrán español dice que «*cuando el barco comienza a hundirse, las ratas salen de la bodega*».

¡Increíble!, si no estuviésemos en el siglo XX...

La grandiosa estatua de Cristo Redentor preside, desde lo alto del Corcovado, la bella bahía de Guanabara y la ciudad de Río de Janeiro (Brasil). Hacia El se vuelven, día y noche, las miradas de todos aquellos que se sienten atribulados en este Valle de Lágrimas.

Recientemente, especialistas del Departamento de Conservación de la Naturaleza del Estado de Río han protestado por el hecho de que la iluminación del Cristo Redentor está destruyendo algunas especies de insectos que son atraídos por la fuerte luz, a la que consideran criminal en relación al equilibrio ecológico. Por ello han solicitado se mantenga apagada la estatua durante el período central de la noche, como primera medida a tomar.

En un mundo donde el aborto es aprobado como símbolo de libertad y *democracia*, ocasionando la muerte de millones de seres humanos redimidos por la Preciosa Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, resulta criminal la muerte de insignificantes insectos y se intenta reducir a tinieblas la figura imponente del Cristo Redentor, aunque sumerja en la obscuridad muchas almas que en El buscan consuelo espiritual.

Binomio miedo-simpatía en el noticiario internacional.

Las encuestas y las estadísticas están de moda. El 28 de marzo, «ABC», de Madrid, nos ofrecía —así lo suponemos— la más reciente. A la pregunta de si se afiliaría a algún partido político, más del 85 por 100 de los consultados responde negativamente, o colocando objeciones. Tan sólo el nombre de cuatro ministros del actual Gobierno es conocido por un 10 por 100 de los consultados. ¡Qué conocerán, entonces, de sus ideologías y programas de actuación!

Esta enorme indiferencia en relación a asuntos tocantes directamente a lo que está pasando y a lo que se prepara para España, nos parece que encuentra cierta explicación en la forma que la mayor parte de la prensa tiene de noticiar lo que dentro y fuera de nuestras fronteras acontece. Y sabemos que esta indiferencia no es exclusiva de nuestra Patria, sino de Occidente entero.

Vamos a ejemplificar con algunos hechos del noticiario internacional. Cualquiera persona que lea la prensa diaria podrá ampliar el número de ejemplos.

Crisis económica. — Casi diariamente la prensa nos habla de la crisis económica que azota a los países occidentales. Grandes industrias van a la bancarrota, el paro obrero continúa aumentando.

Sin embargo, entremezcladas con estas noticias, de vez en cuando aparecen declaraciones de este o aquel importante economista, que dice: dentro de tantos meses comenzará el proceso de reactivación económica. Y así van pasando los años sin que la economía acabe derrumbándose ni comience la tan esperada mejora; lo que no impide el envío continuo de dólares hacia los países comunistas.

Carrera de armamentos y guerra mundial. — De todos es conocida la enorme superioridad económica y militar de Estados Unidos sobre Rusia. Ya en la Segunda Guerra Mundial fue el armamento americano el que permitió la victoria rusa. Ahora nos hemos acostumbrado a leer que el poderío militar ruso o del Pacto de Varsovia supera en variable proporción al americano y al de la OTAN.

Esta superioridad comunista produce miedo a la opinión pública occidental que no quiere saber de más guerras. Miedo que tendencialmente prepara los espíritus para llegar a un acuerdo de convivencia. Más distanciadas en el tiempo, salen noticias de que los rusos están preocupados porque sus submarinos atómicos están radioactivizados por defectos de construcción; de que los jefes militares comunistas temen un enfrentamiento con occidente, pues puede ocurrir que sus tropas escojan la libertad y se pongan del lado enemigo, etc. Estas noticias alivian un poco la tensión producida por el miedo y llevan a ver con cierta indiferencia el aumento del teórico poderío ruso y la disminución del armamento occidental.

Eurocomunismo. — Los partidos comunistas de Francia e Italia vienen proclamando, de unos tiempos a esta parte, su independencia de Moscú y su condena al mantenimiento de la lucha de clases y a la implantación de la «dictadura del proletariado». Se declaran *democráticos* y pluralistas. Esta actitud produce simpatía en los burgueses medrosos que prefieren ceder ante un comunismo *democrático*, que perder ante un comunismo *staliniano*.

Inesperadamente, sus antiguos *compañeros de viaje*, los socialistas, comienzan a gritar que todo

(Pasa a la pág. 180)

¿PARANINFO O «MERCAT DE CALAF»?

En la postrera semana de mayo, tuvieron lugar en nuestra Universidad las «Jornades de la Dona Catalana».

Tristes jornadas. Se impuso, queremos creer por obra de una minoría, un ambiente, especialmente el viernes día 28, en forma tal, que provocó diversas «Cartas al Director» (dirigidas por conocidas damas y señoritas asistentes), cartas que han sido lealmente recogidas y publicadas por «La Vanguardia», «El Correo Catalán» y otros periódicos. Abucheos, gritos y escándalo (como textual y verdaderamente denuncian) hacia quien representaba la Confederación Nacional Católica de Padres de Familia y Padres de Alumnos a la que redujeron al silencio.

En cambio, se propugnó ampliamente, como remarca una respetable asistente, «el derecho a disponer del propio cuerpo sólo buscando la satisfacción sexual, lo que ya tiene un nombre: prostitución». Lo mismo sobre el «aborto legalizado, asesinato sin justificación». Y añade la ilustre comunicante: «El clima de estas primeras jornadas me han hecho pensar que no puedo quedarme pasiva, contemplando como unos cientos de mujeres intentan destruir una serie de principios básicos para la sociedad y cifran su "liberación y sus derechos" en conseguir una forma de esclavitud denigrante para cualquier ser humano».

Esto es lo más grave.

Pero, a nuestro juicio, queremos añadir algo que, no siéndolo quizás en el fondo, lo es, por su forma, aún más significativo. Nos referimos a la falta de compostura académica.

El ilustre — y bien poco sospechoso historiador Vicens Vives, en un arranque genial, lamentaba que nosotros, el pueblo catalán, alternamos, desgraciadamente, el «seny» con la «rauxa».

En honor al respeto que la mujer, y especialmente la nuestra, la catalana, nos merece y obliga, queremos creer (creyendo y esperando, si hace falta, contra toda esperanza, si a ello nos lleva) que fue aquél uno de tantos momentos que, por desgracia, ha llevado a nuestro pueblo, precisamente por su falta de «seny» («dime de qué te alabas y te diré lo que no eres»), a tantos fracasos, retrocesos, tragedias tan profundas, y lo que es peor para tal pueblo, a frecuentes y ruidosos ridículos como registra nuestra historia.

Y ahora los concurrentes a aquel acto que tan poco enalteció a la «dona catalana», esperamos son los primeros en lamentar.

Y decimos ridículo. No lo inventamos. Véase en «La Vanguardia» (habitualmente tan indulgente y propensa a la tolerancia incluso con quienes no siempre se hacen acreedores a la misma), en sus páginas gráficas del 30 de mayo, una ilustración: una vista del «Paraninfo durante una de las sesiones de ayer». Y que, por aquella citada indulgencia, nos hace creer fue recogida aprovechando el momento de menor alboroto.

La mujer, como la del César —y como lo es la catalana— no sólo es y debe ser digna y honorable, sino que debe parecerlo siempre.

Aquel espectáculo del «Sancta Sanctorum» de nuestra «Alma Mater», con aquel público en desorden y cuclillas, no corresponde a la compostura exterior que se debe observar en la Universidad, símbolo siempre de una compostura interior. Aquello debería quedar, estaría bien, en la Romería de San Medí, por ejemplo.

Pero nuestro Paraninfo es otra cosa: no es «el Mercat de Calaf».